

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — TOMO XXIX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 26. — N° 742.

Administracion general, passage saulnier, número 4, en Paris.

SUMARIO.

Solemnidad en Amiens, en honor de monseñor Daveluy, mártir en la Corea; grabados. — **Episodio marítimo.** — **Poesías.** — **Emigracion de los Tchetchens del Cáucaso;** grabado. — **Garibaldi en Venecia;** grabado. — **Revista de Paris.** — **Galeria de celebridades contemporáneas: M. Thiers;** grabado. — **Exposicion universal de 1867;** grabados. — **Crichton.** — **Guerra del Paraguay;** grabados. — **Academia imperial de música: Primera representacion de «Don Carlos,» ópera en cinco actos, de Verdi;** grabados. — **Revista de la moda.** — **La Marquesa de Pinares.** — **Teatro Francés: «Galileo,» drama en tres actos y en verso, de M. Ponsard;** grabado.

Solemnidad

EN AMIENS, EN HONOR DE MONSEÑOR DAVELUY, MÁRTIR EN LA COREA.

La semana última habia gran fiesta en Amiens: las campanas todas estaban en movimiento, la poblacion vestida de fiesta llenaba las calles. Trábase de celebrar una misa de accion de gracias en recuerdo del martirio de monseñor Daveluy, obispo de Acone, misionero apostólico decapitado en la Corea por la fe: un héroe soldado de la religion muerto en el campo del honor.

Monseñor Daveluy nació en 1818, de una familia amada y respetada de todos. Entró en las órdenes en 1841, y muy luego obtuvo ser designado como misionero apostólico para los paises del extremo Oriente. «La Corea es una bella mision; allí se muere por Dios, y yo quiero ir,» decia. Y con efecto, se puso en camino.

Durante veinte años fué participante de los duros trabajos de la mision. Nombrado obispo, su celo aumentó: veinte mil habitantes de la Corea se habian convertido. El gobierno de la Corea creyó ver un peligro en estas doctrinas desconocidas, y la vuelta al poder del partido hostil á los cristianos, determinó la persecucion de 1866, persecucion terrible: monseñor Berneux, monseñor Daveluy, su coadjutor, siete de los principales misioneros y muchos neófitos, encontraron la muerte en ella.

Esta muerte de uno de sus hijos, gloriosa para la fe, acaba

de honrar y celebrar la antigua ciudad de Amiens. Diez y ocho obispos, arzobispos, cardenales ó preladados habian sido convidados á esta fiesta. La ciudad estaba adornada con colgaduras y banderas, el terciopelo y la seda corrian á lo largo de las casas, y por todas partes habia arcos de triunfo levantados á la gloria del mártir.

Una muchedumbre inmensa llenaba la catedral y las calles adyacentes, y cuando despues de la ceremonia y el notable discurso de monseñor Mermilliod, obispo de Ginebra, los diez y ocho preladados, colocados al frente de la sombría portada que entonces resplandecia de luz, dieron su bendicion á la muchedumbre, el aspecto general del cuadro que teniamos á la vista ofrecia un grandioso carácter. Lo que aumentaba la impresion pro-

ducida, era seguramente la presencia en la nave de la catedral del padre y la madre de monseñor Daveluy, mártir. Cincuenta hijos, nietos y sobrinos se agrupaban en torno de estos dos ancianos, cuyo nombre se pronuncia siempre en Amiens con veneracion y respeto.

A. DE A.

Episodio marítimo.

LA SEPULTURA EN EL MAR.

El episodio que voy á narraros ha mucho tiempo tuvo lugar. Yo era muy joven; hoy mi cabeza está cubierta de canas.

Han pasado treinta años; treinta años de mar; treinta años de azares, privaciones y peligros.

No han sido suficientes, sin embargo, para borrar de mi memoria las escenas que voy á referiros.

La corbeta de guerra *Náyá-de* formaba en 1835 parte de la escuadra destinada en las Antillas españolas. Modelo de disciplina y policia, era siempre citada por la union y compañerismo que reinaban entre los que formaban parte de su dotacion.

Yo me hallaba en este número y era alférez de navío.

Don Carlos Vargas, capitán de fragata y comandante de la corbeta, era uno de esos tipos en que la nobleza de sentimientos, afabilidad de trato y bondad de corazon, atraen las simpatias de cuantos le rodean. Dotado además de un talento superior y de una experiencia é ilustracion poco comunes, habia logrado unir al respeto que impone la rigidez de la milicia, el cariño que despierta el reconocimiento de las buenas cualidades.

A los veinte y seis años contrajo matrimonio con una joven mejicana, cuyas excelentes dotes estaban en armonia con las del hombre á quien se unió.

No quiso la Providencia disfrutarse mucho tiempo la felicidad que en su nuevo estado entreveia. Aun no habia trascurrido un año cuando murió su esposa dando á luz una



Monseñor Daveluy.

niña, que como triste recuerdo de su fugaz dicha le legaba.

Este inesperado y mortal golpe acibaró la existencia de don Carlos, y un velo de profunda tristeza cubrió para siempre sus facciones.

Su corazón hecho para amar quedó huérfano; pero vió á su hija y en ella concentró el doble é inmenso cariño de padre é esposo.

Desde entonces no se separó ni un solo día de su lado.

En sus largas y penosas navegaciones, ella era su compañera.

Ni los temibles fríos de las regiones polares, ni la mortal influencia de los climas cálidos le habían hecho desistir de su designio.

El padre Ventura, como generalmente se le llamaba á bordo, era el capellan de la corbeta.

Cuando el populacho frénético, y siguiendo sus feroces instintos, regó con la sangre de los frailes los altares de sus conventos, el padre Ventura, religioso dominico, debió su salvación á la prodigiosa é invisible mano de la Providencia.

Pobre, sin albergue, odiado por el pueblo, y sintiendo en sí el genio de la religión y del estudio, el padre Ventura contempló horrorizado el porvenir que le esperaba.

Vaciló sobre el camino que debía seguir y al cabo de algun tiempo su nombre apareció entre los de los capellanes destinados al servicio de la armada.

Ninguna vida podía presentar mas alicientes á su carácter investigador y estudioso.

Además, no odiaba al mundo, porque no sabía odiar, pero le huía, y su nuevo destino le alejaba de él cuanto era posible.

Unido por lejanos lazos de familia á don Carlos Vargas, consiguió ser embarcado á sus órdenes y al sagrado deber que por su ministerio ejercía á bordo, unió el de preceptor de la hija de aquel.

De edad muy avanzada, aspecto venerable y tan científico como modesto, el padre Ventura cumplía su doble misión con la religiosa exactitud que la primera exigía, y con el paternal cuidado que con la segunda él mismo se había impuesto.

El tío Pedro, cabo de mar, era el marinero mas antiguo y mas popular de la corbeta.

Desde que don Carlos Vargas empezó su carrera, el tío Pedro no se había separado de su lado.

Nacido en las playas de Cataluña, y cuando aun apenas podía sostenerse, acompañaba á su padre en el rudo trabajo de la pesca. Sin objeto al principio, por pasatiempo mas tarde, y por necesidad despues, la barquilla del pescador fué la casa del tío Pedro, el mar su elemento, los temporales sus compañeros.

La patria le exigió sus servicios, y de la pobre y peligrosa barca, pasó al imponente y marcial buque de guerra.

La transacción no fué tan brusca que no se acostumbrase pronto á su nueva vida. Mar, azares y tempestades dejaba en su barca; mar, azares y tempestades encontró tambien en el buque de guerra.

Conoció y sirvió á las órdenes de don Carlos; se despertó en él ese cariño que solo se encuentra en las almas vírgenes de sentimientos dulces como la suya, y cuando llegó el día de obtener su libertad, renunció á ella y prometió no separarse nunca del que llegó á ser su comandante.

Así lo cumplió. Las vicisitudes del uno fueron sufridas tambien por el otro. Si feliz fué don Carlos durante su matrimonio, feliz se creía tambien el tío Pedro; si la muerte de su esposa fué para el primero un golpe fatal, no lo fué menos para el segundo, y si aquel adoraba á su hija, este la idolatraba.

El era, el que cuando pequeña, la arrullaba en sus brazos al compás de su ronca y destemplada voz; él la acompañaba y distraía, cuando la pobre niña oyendo el bramido del viento y los mugidos de las olas llamaba angustiada á su padre, que cumpliendo con su deber, velaba por la salvación de su buque.

¿Qué feliz se creía el tío Pedro cuando á costa de sus exiguos ahorros conseguía hacerle un pequeño presente.

Entonces, solo entonces, una imperceptible sonrisa asomaba á sus labios, porque las facciones del tío Pedro eran tan duras como dura había sido su vida.

La hija de don Carlos se llamaba María.

María Vargas era casi tan divina como el divino nombre que llevaba.

¿Para qué pintaros con palabras y colores que siempre serian pálidos, la belleza de su rostro y el candor de su alma?

Figuráosla como vuestra imaginación os la forge; pero figuráosla siempre angelical y bella.

María contaba diez y siete años; sus rizados y rubios cabellos caían con una gracia encantadora al rededor del perfecto óvalo de su rostro.

Al través de sus azules y transparentes ojos se descubrian sus puros y hermosos sentimientos.

Ignorando lo que era el mundo, rodeada de personas que la adoraban, sin tristes recuerdos del pasado ni crueles temores para el porvenir, el corazón de María se había formado bajo la doble y benéfica influencia de la bondad y del cariño.

Por eso era querida de todos; por eso era el ángel tutelar de la *Náyade*.

Cuando en las hermosas noches tropicales la corbeta se deslizaba á favor de la embalsamada brisa de tierra, y la luna bañaba la cubierta con su dulce luz, María, acompañada del piano, lucía su melodiosa y argentina voz.

Allí no había ni el aparato sorprendente de los salones, ni aduladores y cortesanos aplausos; pero había el espectáculo magnífico del mar y las emociones que su canto producía.

Su canción favorita era *Casta diva*, sublime inspiración de Bellini, que María interpretaba de un modo inimitable.

Cuando con voz velada y dulce hacia oír aquellos raudales de conmovedora armonía, sus ojos y los de cuantos la escuchaban se bañaban de lágrimas.

Entonces, como arrepentida del efecto que había producido, una alegre y popular cantinela salía de sus labios, y una salva de aclamaciones y aplausos demostraba la alegría de todos.

En las horrorosas noches en que los elementos desencadenados parecían querer sumergir la corbeta, María encontraba tambien ocasión de demostrar la belleza de su alma. En la profunda oscuridad que reinaba sobre la cubierta y por entre grupos de marineros rendidos por la fatiga y por la falta de sueño y de descanso, veíase vagar una sombra misteriosa y fantástica. Era María que animando á aquellos hombres con su voz y su presencia, les hacia cobrar nuevas fuerzas, y ejecutar maniobras de las que dependía tal vez la salvación de la *Náyade*.

Si había que impetrar alguna gracia del comandante, María era la bella intercesora, y jamás su intercesión fué infructuosa.

Del cuello de todos pendía un precioso escapulario de la Virgen del Carmen, presente hecho por María en el aniversario de su cumpleaños y que había sido bordado por sus manos.

María, en fin, era un ángel.

El día 8 de diciembre del año á que nos referimos, la *Náyade* debía dar la vela para Cádiz.

Esta noticia se recibió con disgusto en la escuadra.

Con la partida de la corbeta perdían el mejor buque y se alejaban quizá para siempre de María y de don Carlos, que habían encontrado entre todos la mas cordial simpatía.

Don Carlos veía por su parte la realización de un proyecto que hacia tiempo meditaba. Dueño de una mediana fortuna y poseyendo una bella quinta en la pintoresca Andalucía, abandonaría el servicio de las armas y se establecería en ella para disfrutar pacífica y tranquilamente al lado de su hija, los días de vida que al cielo pluguiera concederle.

A las tres de la tarde el ancla de la *Náyade* zarpaba, y maniobrando con la precisión que la distinguía, se dirigió pausada y majestuosamente hácia la boca de la bahía de la Habana.

Multitud de botes pertenecientes á los buques de guerra la seguían próximos á su costado, y la cubierta se hallaba inundada de oficiales que, basia el último momento, querían disfrutar de la vista de aquellas dos personas para ellos tan queridas.

Un cuarto de hora despues la corbeta se puso en facha, y los botes se aproximaron para recibir sus oficiales.

La despedida de estos fué tiernísima.

A la tristeza que generalmente acompaña á una separación sentida se agregaba la idea de que aquel abrazo era el último que podían dar á don Carlos como compañero de armas.

Los botes abandonaron la corbeta y la voz clara é imperiosa del comandante se dejó oír:

— Todo á babor. Caza foques. Armura mayores. Larga alas y rastreras.

Y la *Náyade*, en cortos momentos, se vió cubierta de velas, que henchidas por una brisa favorable, la arrastró con rapidez hácia alta mar.

Próximos los botes al puerto, un sinnúmero de pañuelos se agitaron al viento. Un objeto blanco se vió flotar sobre la popa de la corbeta; era el pañuelo de María que arrasada en lágrimas presenciaba aquel espectáculo.

Un hurra atronador y entusiasta partió de los botes: marineros y oficiales tomaron parte en él, y la *Náyade* arriando é izando su pabellón contestó como agradecida y orgullosa á aquella última y significativa despedida.

Dos horas despues y á merced de los anteojos, se distinguía desde los buques fondeados un punto blanco que, confundiendo con un ave marina, desaparecía en lontananza.

Eran las altas velas de la *Náyade* que, bañadas por la tenue luz del crepúsculo, se perdían en el horizonte proyectándose sobre rojizos y caprichosos celajes.

Han pasado quince días.

La *Náyade* cortaba el paralelo del banco de Terranova.

El día, muy corto en aquella estación en la latitud que nos encontrábamos, tocaba á su fin.

El sol se aproximaba al horizonte hiriendo obli-

cuamente las aguas y salpicándolas de chispeantes destellos.

El mar se hallaba inmóvil y el viento en calma. La naturaleza toda parecía esperar con tristeza la terrible escena que iba á presenciarse.

El reloj de la *Náyade* señaló las cuatro y media.

La campana de bitácora dió un golpe breve y penetrante.

La de la batería lo repitió mas prolongado y grave.

Es el toque marcado á bordo por la ordenanza para dicha hora.

Nunca me había fijado en él. Siempre lo hallé igual á los demás.

Desde entonces creo encontrar en su sonido algo de lúgubre y solemne. Mas que la indicación de una hora á bordo, me parece el eco triste del doble de difuntos.

Y es que para mí encierra un recuerdo amargo y penoso.

El atronador disparo de un cañon ensordeció el espacio é hizo retremblar los costados de la corbeta.

El estampido fué breve. En la inmensa soledad del mar no existe el eco.

Una nube de blanco humo ascendió lentamente, cubriendo los costados, las jarcias y el velámen.

Sobre la popa de la *Náyade* tremoló el pabellón nacional á media asta.

Los tambores y cornetas tocaron llamada y la tripulación se dirigió á la cubierta.

En todos los rostros se veía pintada una profunda tristeza.

Cinco minutos despues la tripulación se hallaba en correcta formación de brigadas.

La fuerza de infantería de marina, sobre las armas, formaba calle desde la puerta de la toldilla hasta el portalón de estribor.

En este punto se había colocado una tabla que avanzaba horizontalmente hácia fuera del buque.

Un prolongado redoble convirtió á aquellos hombres en estatuas.

Los tambores destemplados batían acompasada y tristemente la marcha regular.

En la puerta de la toldilla aparecieron dos marineros con faroles en la mano.

Detrás, cuatro guardias marinas conducían una tabla cubierta con un paño negro; sobre ella iba un cadáver.

¿El cadáver de María!

El padre Ventura y el tío Pedro, ambos con la cabeza inclinada sobre el pecho, cerraban la comitiva.

María, la perla de la *Náyade*, había entregado su alma á Dios el día anterior al que relatamos, víctima de una enfermedad tan rápida como inesperada.

Buena y cristiana durante su vida, vió aproximarse la muerte con evangélica resignación.

Para todos tuvo una palabra de consuelo.

Para el tío Pedro su última sonrisa.

Para el padre Ventura su última mirada.

Para don Carlos su último suspiro.

La destructora mano de la muerte había sido impotente contra aquel hermoso rostro.

Mas que María muerta, parecía María dormida.

Una orla azulada se extendía bajo sus ojos y su boca entreabierta parecía sonreír.

¿Era aquella sonrisa el último adiós que dirigía á sus compañeros, dándoles las gracias por el dolor que su muerte les causaba?

¿O era quizá que al volar su alma al cielo sonreía á los ángeles sus hermanos que la recibían con cánticos de inefable júbilo?

Si habeis llegado á comprender lo que era María, si os habeis imaginado el cariño que le profesábamos, comprendereis, aunque remotamente, el inconsolable dolor que nos causó su pérdida.

La reducida y triste comitiva avanzó con paso lento hácia el portalón.

Todos inclinaban la cabeza ante aquellos queridos restos.

Llegados al portalón, el cadáver de María fué colocado sobre la tabla de que hemos hablado; los pies hácia la parte que avanzaba en el mar, la cabeza en la que quedaba á bordo.

La fisonomía del tío Pedro había tomado un aspecto tal de dolor y desesperación que imponía.

Silencioso, con paso firme y decidido, tomó de un sitio inmediato dos gruesas balas que se hallaban unidas con una cuerda.

Atólas cuidadosamente á los pies de María, y colocándose á su lado, los brazos cruzados, la barba sobre el pecho y los ojos fijos en el cadáver quedó como sumergido en una profunda meditación.

Reinaba un silencio sepulcral y fatídico.

Tomó el padre Ventura el libro que conducía uno de los marineros.

Inclinó su blanca y hermosa cabeza sobre el libro, y dos gruesas lágrimas corrieron por sus marchitas mejillas.

Dos veces se movieron sus labios, pero no articularon sonido alguno; las terribles palabras que debía pronunciar se ahogaban en su garganta. Pobre anciano que en tu atribulada vida había apurado las heces de la amarga copa del dolor y del desengaño sin verter una lágrima ni exhalar una queja; yo, mudo espectador de aquella escena, leía en tus desoladas facciones, en tu desgarradora angustia el pensamiento que tantas veces me repetiste despues. ¿Por qué, decían tus ojos, por qué Dios eterno siegas esta tierna flor que la primavera acaricia y el huracán respeta, y conservas este año y

carcomido tronco que la mas leve brisa conmueve y derriba?

Hizo un esfuerzo supremo, y con voz temblorosa y conmovida recitó las tristes y santas preces de los difuntos.

Las últimas palabras fueron apagadas por sus sollozos.

Bendijo el cadáver, lo roció de agua bendita, é inclinando la cabeza sobre el pecho dió curso á sus mal comprimidas lágrimas.

Habia cumplido su última misión al lado de María.

Entonces el tío Pedro sacó de su pecho una pequeña cruz de plata, precioso recuerdo que conservaba de la madre de María, y al que atribuían la virtud de impedir fuera devorado por los monstruos marinos el cadáver que lo llevase, al ser arrojado al mar.

Al cariño que profesaba á la hija sacrificaba el precioso recuerdo de la madre.

Sujetó la cruz al cuello del cadáver, vaciló, y como acometido de un vértigo cayó de rodillas anegado en llanto y cubriendo de besos la mármorea frente de María.

Los tripulantes de la corbeta se descubrieron y prosternaron como si hubieran obedecido á un movimiento sobrenatural é instantáneo.

La cubierta de la *Náyade* presentaba un cuadro digno de un pincel inspirado. El cuerpo de María próximo á desaparecer para siempre; un venerable anciano clavada la vista en el cielo y murmurando oraciones fúnebres, el tío Pedro abrazado al cadáver, y trescientos hombres pestrados y sobrecogidos.

Y todo esto sobre la inmensa superficie del mar, sobre ese feroz monstruo capaz de destruir en un segundo el teatro en que se representaba aquel terrible drama.

Aquellos hombres de tez curtida y corazón de hierro se hallaban anonadados por la idea de la muerte y de la sepultura en el mar.

Todos habian nacido á orillas del Océano y al murmullo de las olas.

Allí fueron arrullados con profanas palabras.

Su educación se formó entre horribles juramentos. El hábito de su profesión lo adquirieron á fuerza de sacrilegas blasfemias.

No tuvieron madre que les enseñase á creer y temer.

El mar y los vientos les enseñaron ambas cosas.

En aquellos momentos sentían el corazón oprimido y torrentes de lágrimas corrían por sus tostadas mejillas.

El silencio de la muerte reinó por algunos instantes.

De repente púsose de pié el tío Pedro y todos le imitaron.

Su fisonomía estaba descompuesta, su ceño mas fruncido que de costumbre; sus pequeños ojos grises parecían chispear á través del llanto que los empañaba.

Lanzó en derredor de sí una mirada aterradora y feroz.

— Al agua, gritó con voz de trueno dirigiéndose á los dos marineros que tenía mas próximos.

La tabla colocada en el portalón y sobre la que se hallaba el cuerpo de María fué suspendida por el extremo que caía dentro del buque; el que caía fuera se inclinó hácia el mar.

Deslizóse suavemente por ella el cadáver.

Después, y en el momento de abandonar las balas la tabla, siguió con mas rapidez el movimiento encorvándose aquel querido cuerpo á medida que le faltaba el apoyo.

Luego tomó una posición vertical, y con la velocidad del rayo se precipitó en el abismo que le esperaba.

Entonces tuvo lugar una escena mas terrible.

Sobre el borde de la porta que correspondía á la cámara del comandante, apareció como una espantosa visión la figura de don Carlos.

Agitado por un movimiento convulsivo, desencajadas las facciones, extraviada la mirada, los cabellos erizados, crispadas y extendidas las manos hácia el punto en que su hija se sumergía, don Carlos Vargas representaba con una horrorosa exactitud la figura del espanto.

El cuerpo de María desaparecía velozmente bajo la superficie del mar, su preciosa cabeza iba á desaparecer para siempre bajo su funeraria y azulada losa.

Un gemido ahogado, un desgarrador grito de: ¡María! salieron del pecho de don Carlos.

Precipitóse en el mar y se abrazó al cadáver de su hija.

Un segundo después solo se distinguían mil círculos concéntricos marcados sobre la tersa superficie del mar, que á medida que se extendían iba desvaneciéndose.

Después, ni la mas leve señal de cuanto acababa de suceder.

El sol se ocultaba en el horizonte.

La luna ascendía por el punto diametralmente opuesto, sin brillo aun, ni luz.

La roja claridad del crepúsculo se reflejaba sobre las olas, tiéndolas de un color de fuego.

El mar se hallaba inmóvil y el viento en calma.

La naturaleza toda parecía silenciosa y horrorizada con la lúgubre escena que acababa de presenciar.

La pálida y melancólica luna alumbró con sus tristes rayos aquella larga y memorable noche. Ni el mas tenue vapor empañó su argentada faz.

El mar, alumbrado por ella, aparecía de un color blanquecino.

La luna es el astro de los cementerios, ha dicho un escritor. Nunca me han parecido tan exactas estas palabras.

Efecto de la calma completa que reinaba, la corbeta permaneció inmóvil durante la noche en el sitio en que habian ocurrido las escenas que acabo de pintaros. Parecía temerosa de separarse para siempre del lugar en que yacían don Carlos y María. Se diría que anonadada con el cuadro que habia presenciado, queria reposar sobre la tumba de ambos y rogar por su descanso eterno.

Si en la naturaleza reinaba aquella melancólica quietud, mayor era aun la que presentaba el interior de la corbeta.

A los alegres y animados corros que los marineros de guardia formaban sobre la cubierta en las noches de mar, habia sucedido un silencio imponente.

Aquellos hombres, tan felices dos dias antes, se hallaban sumergidos en una tristeza desconsoladora y profunda.

Don Carlos habia sido para ellos un padre, María una hermana: habian perdido á ambos, y quizá á aquellas horas sus cuerpos habrian sido mutilados horriblemente por los innumerables monstruos que pueblan las recónditas cavernas del Océano.

Los purpúreos resplandores de la aurora, saliendo de las aguas, empezaron á teñir el horizonte: sintióse una brisa bonancible y favorable, y la *Náyade*, impelida por ella, siguió su rumbo.

La borda, las jarcias y las vergas se cubrieron de gentes.

Sus rostros estaban místicos, sus cabezas descubiertas.

Sus ojos, empañados por las lágrimas, se fijaban en un punto de mar de que se alejaban velozmente.

Era el postrer adiós, la última oración fúnebre que á la vista de su sepulcro podían dirigir á don Carlos y á María.

Los que jamás habeis asistido á estas escenas, los que ignorais los dramas terribles que eternamente se representan en el Océano sin mas testigos que los elementos; cuando pase por vuestro lado la modesta y triste comitiva del entierro de un pobre, cuando admireis la suntuosa y régia pompa dedicada á los funerales de un poderoso, cuando oigais resonar en las sombrías bóvedas del templo el desgarrador canto del *Dies illæ* y espesas nubes de incienso envuelvan el cadáver; cuando vibre triste el melancólico son de la campana que anuncie á los vivos ha dejado uno de existir; cuando veais una madre cerrar para siempre con sus manos los ojos de un hijo idolatrado; cuando se presente á vuestra vista una esposa desolada ante la losa que guarda y cubre los restos del que fué su compañero, acercaos á los que por todo esto derraman lágrimas de amargo dolor; consoladlos y decidles: aun hay personas mas desgraciadas que vosotros; para sus difuntos no hubo ni amigos que acompañasen sus féretros á la mansión del descanso, ni templo ante cuyo altar se depositase su cadáver y se orase por su alma, ni campanas que anunciaran su muerte, ni manos queridas que cerrasen sus ojos, ni fosa en que se guarden sus cenizas, ni mármol en que esté escrito su nombre, ni cruz que al postrarlos á sus piés os haga decir señalando al suelo: Aquí está.

Y vosotras, las que teneis un hijo, un esposo, un hermano que cruce los mares; cuando con oprimido y angustiado corazón alceis vuestras plegarias al Altísimo implorando para ellos su clemencia, dirigidle tambien con todo el ardor de vuestras almas la mas ferviente súplica para que les liberte de uno de los escollos mas terribles del Océano: *la sepultura en el mar*.

C.

Sanlúcar de Barrameda, 1867.

Poesías.

MUERTE DEL REDENTOR.

Consumatum est.

En la cima del Gólgota, elevado
Se halla Jesús, clavado de un madero,
Escarnecido, muerto y angustiado.

Esa sangre que brota del costado
Apaga el sol: su aliento postrimero
Conmueve el templo... el universo entero...

¡Jerusalén, atiende! ¿No has oído
La voz de tu profeta desolado,
El llanto del Cordero que has herido?

¿Murió, murió Jesús?... *Se ha consumado*
La Redención del mundo pervertido
Con la sangre de un Dios crucificado.

JUAN JOSÉ I. RODRIGUEZ.

La piedra filosofal.

Piedra soy de tal portento
Que para los hombres guardo,
Secretas felicidades,
Caudales ambicionados;
No me hallareis en la orilla
De mar proceloso y bravo,
Buscadme en fértil pradera
Junto al arroyuelo manso.
Yo los sueños realizo
Del entendimiento humano,
Y convierto en pedrería
Las florecillas del campo:
Por mi extiende la ventura
Sobre la tierra su manto,
Y el crimen y la desdicha
Ahuyéntanse avergonzados:
El que me busca me encuentra,
No difícil es mi hallazgo,
Y doy á quien le posee
Mis dones ambicionados:
Amuleto de alegrías,
Soy de quien me guarda amparo,
Escalon de la fortuna
Y cota de sus agravios;
Buscadme en fértil pradera
Junto al arroyuelo manso;
Mi nombre, debeis saberlo:
Yo me apellido *el trabajo*.

J. TOMEYO Y BENEDICTO.

Emigración de los Tchetchens

DEL CÁUCASO.

Los rusos dividen las regiones caucásicas en tres grandes porciones geográficas:

1º El flanco derecho, que comprende las provincias de Kuban de la Circasia;

2º El Daguestán, antigua Albania;

3º El centro con la provincia de Teerek, en medio de la cual se halla la Tchetchina.

Esta última comarca se extiende, por una parte, sobre los contrafuertes setentrionales de la cordillera del Cáucaso, y por otra, sobre vastas y fértiles llanuras, donde pastan en el invierno los ganados. La resistencia de Schamil se apoyaba últimamente en los Tchetchens; pero no siempre encontró en ellos aliados fieles. Los Tchetchens son de religión y de raza diferentes, y mas celosos aun que los circasianos de su independencia.

Las ceremonias de su culto están mezcladas con algunas tradiciones paganas y aun cristianas, y varios viajeros aseguran que existe entre ellos una secta que ha conservado el uso frecuente de los sacrificios.

Sea como quiera, añadiéndose su fe religiosa al amor á la independencia, debían considerar mas insoportable aun el yugo de su dominador, que fiel á su rigoroso sistema de asimilación, exigía que abandonasen sus montañas, sus ricos valles, para establecerse en las llanuras al Norte del Tchetchina, en medio de poblaciones rusas.

Esta provincia se halla poblada con 140,000 habitantes, unos 25,000 de ellos que no podían vivir bajo la dura ley del vencedor, y atraídos además por la afinidad de religión y por el deseo de acercarse al venerado santuario de la Meca, pidieron permiso para pasar á Turquía.

El gobierno ruso, que deseaba después de su victoria sofocar toda causa de descontento y de rebelión, entabló negociaciones con la Sublime Puerta, que las acogió favorablemente.

El primer convoy, compuesto de 200 familias, se puso en marcha de Vladi-Kaokaz el 29 de junio de 1865.

Nuestro dibujo representa el último convoy de emigrantes atravesando el Deve-Boinou, desfiladero escarpado que conduce de la llanura de Hassan-Kali á Erzeroum.

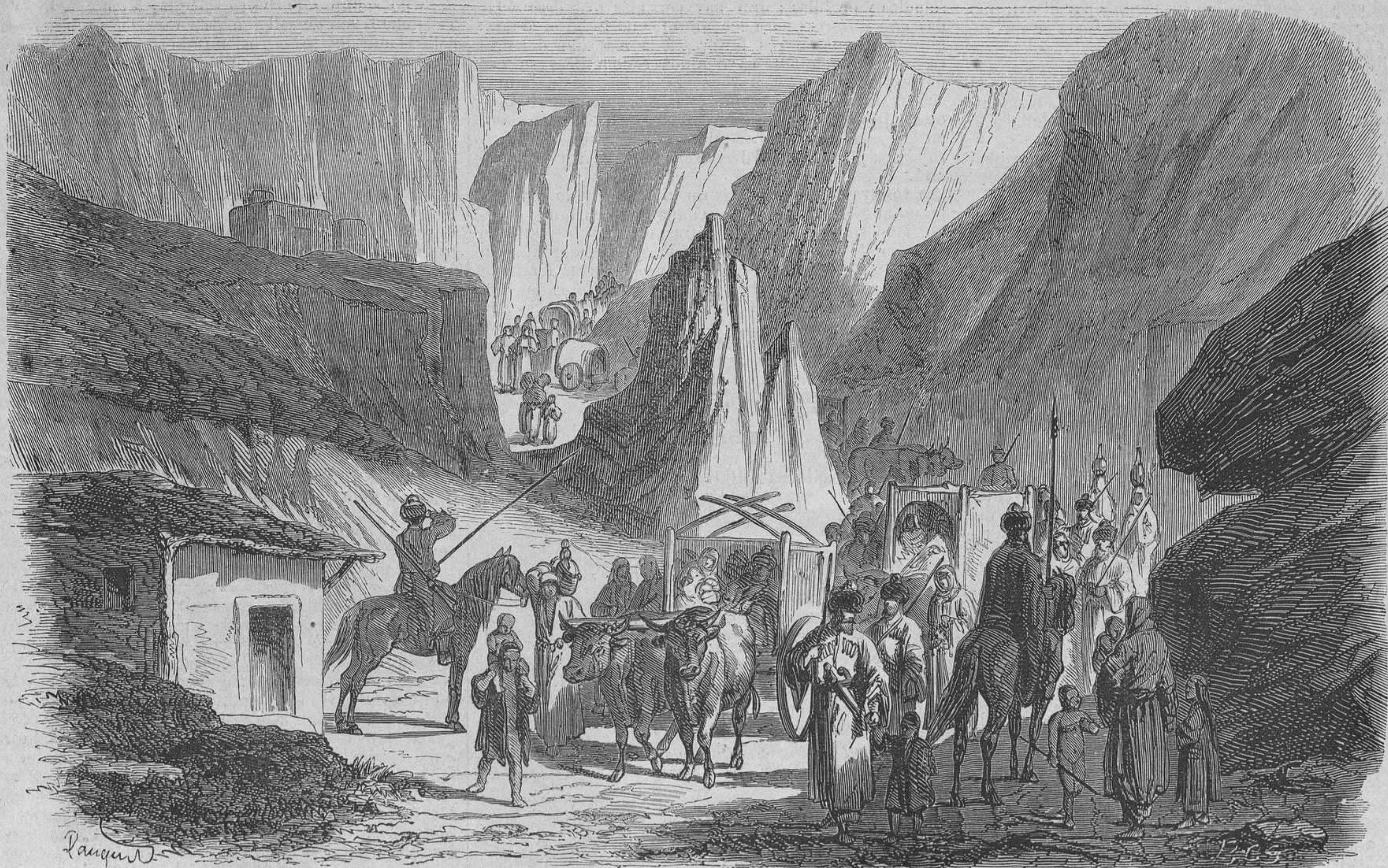
Nada mas triste, dice el autor de este dibujo, ni mas pintoresco, que ver esas caravanas serpenteando por entre esas profundas gargantas, arrastrando en pos de sí los carros desvencijados, las mujeres cubiertas de harapos y extenuadas, los chicos casi desnudos, tostados por el sol, los bueyes y los carneros hambrientos, y echando de menos sus ricos pastos. Unicamente los hombres, montados en vigorosos caballos, guarnecido el cinto con brillantes armas, y con sus escopetas á la espalda, mitigaban con su aspecto la impresión de tristeza que causaba la vista de estos convoyes tan miserables.

El último destacamento pasó la frontera el 7 de setiembre último, y va á reunirse con los colonos que han ido á la Mesopotamia, á las orillas del Khabour, comarca feraz, dotada de un magnífico clima; pero donde los recién llegados tendrán mucho que hacer para defenderse por una parte contra los kurdes y por otra contra los beduinos.

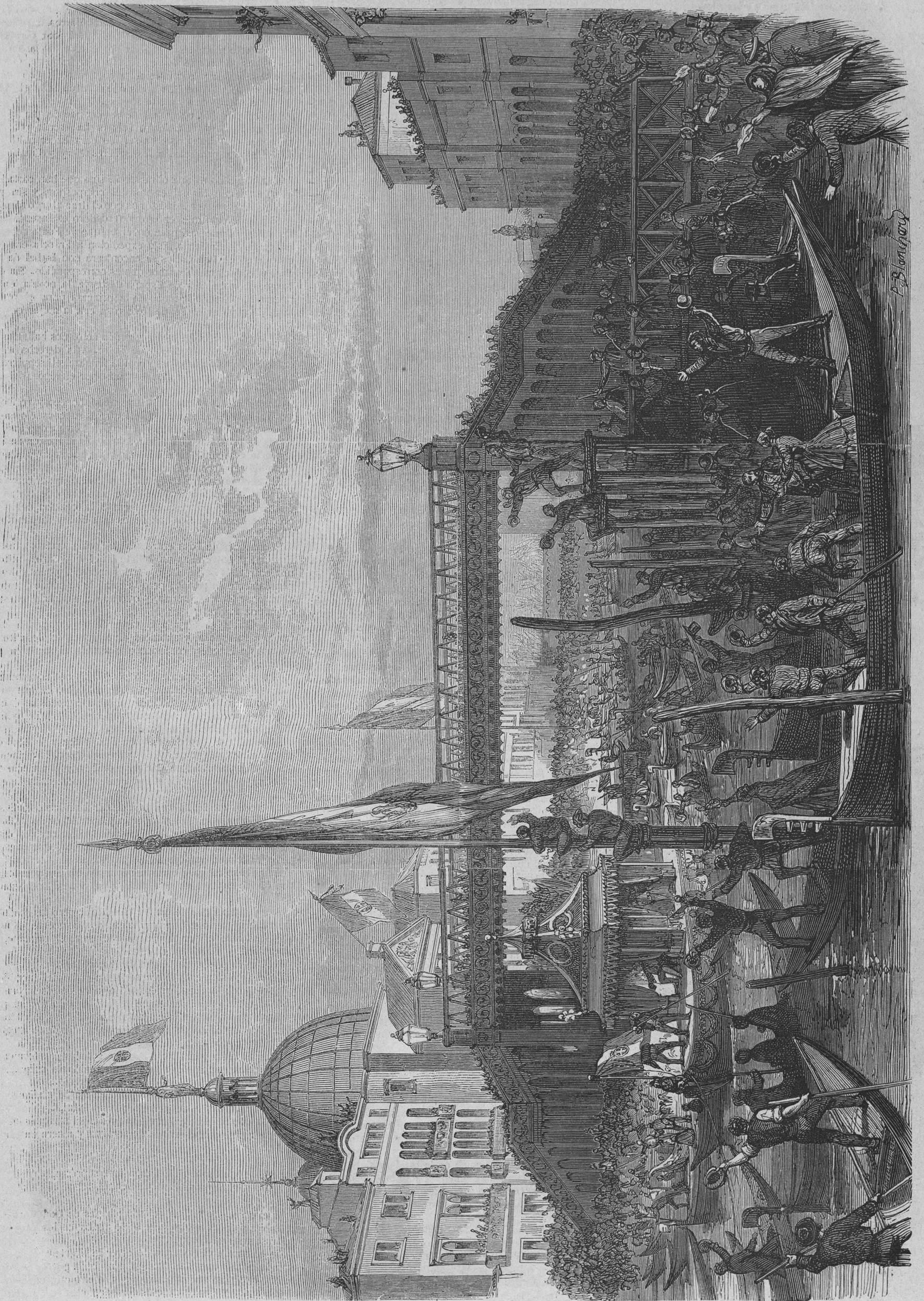
A. DE A.



Solemnidad religiosa en honor de monseñor Daveluy: Bendición de los diez y ocho prelados en el átrio de la catedral de Amiens.



Emigración de los Tchetchens del Cáucaso: Convoy pasando las gargantas del Deve-Boinon (*Cuello del Camello*), cerca de Erzeroum.



Llegada de Garibaldi a Venecia el 27 de febrero.

Garibaldi en Venecia.

Hé aquí un dibujo que representa la entrada de Garibaldi en Venecia. El vencedor de Marsala llegó allí el 27 de febrero á las cinco y media, y cuando la muchedumbre pudo distinguir la *camicia rossa* del general, prorumpió en entusiastas aclamaciones.

Naturalmente se ha hablado mucho de los motivos que podía tener el viaje del solitario de Caprera. Unos dicen que ha ido á dar un impulso mas vigoroso á la insurreccion de la Creta; otros afirman que Garibaldi ha querido influir con su popularidad en las elecciones, y otros en fin, susurran que el general quiere dirigir hácia Roma la política del partido de accion.

Lo cierto es que Garibaldi tomó varias veces la palabra y dijo que Roma pertenecía á la Italia, *Roma e casa nostra!* y dió una proclama electoral atacando al partido clerical con mucha fuerza. Siempre, y en todas partes, su palabra fué cubierta de aplausos.

En cuanto á los proyectos que le atribuyen acerca de la Creta, no hay necesidad de advertir que las personas bien informadas los toman como una broma. Garibaldi parece estar muy cansado, y despues de haber visitado algunas otras poblaciones del Véneto, es lo mas probable que se retirará tranquilamente á Caprera.

M. D. D.

Revista de Paris.

El gran acontecimiento de la semana ha tenido lugar esta vez en el Cuerpo legislativo. M. Thiers debia tomar la palabra el juéves último para interpelar al gobierno sobre los asuntos de la política exterior, especialmente en lo relativo á Italia y Alemania, y tal era la curiosidad del público parisiense en esta ocasion, que parece ser han recibido mas de diez mil peticiones de tarjetas de entrada los diputados y el presidente de la asamblea. Sin embargo, aquí como en otras varias partes, son muchos los llamados y pocos los escogidos. Apenas se habian podido repartir unos 300 billetes y la multitud se mostraba tan compacta en las tribunas que la entrada en ellas de una persona mas habria sido cosa imposible.

Las tribunas oficiales estaban llenas de bote en bote. En la tribuna del cuerpo diplomático se distinguian el príncipe y la princesa de Metternich; en la del Senado Mustafabaja y el marqués de Moustier; en la del emperador el príncipe Napoleon, M. Conti y el general Favé.

Se cita tambien en el número de las notabilidades presentes á las señoras princesa Julia Bonaparte, duquesa de Istria, mariscala Randon, madama Dosne, madre política de M. Thiers, etc. Entre los hombres se contaban el general Changarnier, el mariscal Randon, el mariscal Niel, ministro de la Guerra; el padre Jacinto, con su hábito de carmelita descalzo, etc., y finalmente, un crecido número de senadores y consejeros de Estado.

Los embajadores y ministros plenipotenciarios de todas las potencias de Europa, se hallaban en tribunas reservadas, ú ocupaban puestos de favor. El conde de Golz, embajador prusiano, se hallaba en primera fila, acompañado de su secretario, y se observó que mientras hablaba M. Thiers él tomaba notas.

Los diputados habian desertado los bancos altos para acercarse á la tribuna. El ministro M. Rouher, escuchaba con una atencion sostenida á M. Thiers, como conviene al hombre que se hallaba encargado de contestarle.

M. Thiers principió su discurso á las dos y cuarto y concluyó á las seis menos cuarto, sin haber descansado mas de diez minutos. Durante esta pausa, recibió las felicitaciones de muchos diputados. Y la fiesta no acabó aquí para el ilustre orador, que segun su costumbre, pasó una gran parte de la noche en la redaccion del diario oficial corrigiendo sus pruebas. En cuanto á lo que dijo y á la sensacion que causaron sus palabras, no pertenecen al dominio de la crónica. De todos modos, M. Thiers es el héroe del dia, y por esta razon damos en nuestro número su retrato, acompañado de un estudio que será leído con interés por los aficionados á los hombres y las cosas de la política.

Otra cuestion próxima á agitarse tambien en el Cuerpo legislativo, nos atañe mas particularmente, y es la del nuevo proyecto de ley relativo á las publicaciones periódicas. Dejando aparte las disposiciones que regirán en lo sucesivo en la materia, á propósito de esta cuestion leemos en documentos oficiales cuál es la situacion del periodismo en Francia, y vamos á entresacar algunos datos que nos parecen curiosos.

El 1º de enero de 1866, el número de los diarios políticos ascendia á 330, de ellos 63 impresos en Paris y 272 en los departamentos. En la misma fecha de 1867 el número de los diarios políticos era de 336, de ellos 64 impresos en Paris y 272 en los departamentos.

El 1º de enero de 1866, el número de los diarios no políticos se elevaba á 1,307, de ellos 703 impresos en Paris y 604 en los departamentos. En la misma fecha de 1867, los mismos diarios ascendian á 1,435, de ellos 710 publicados en Paris y 725 en los departamentos.

Durante el año 1866 el gobierno dió permiso para la fundacion de 6 nuevos diarios políticos, 4 en Paris y 2 en los departamentos. Del 1º de enero de 1866 al 31 de diciembre se han dado 16 advertencias, 7 en Paris y 9 en los departamentos, y en este mismo periodo el número de los comunicados oficiales ha llegado á 144 en Paris y 201 en las provincias. Por último, en todo el año pasado se han pronunciado 32 condenas judiciales, 13 en Paris y 9 en los departamentos.

Por la nueva ley no se necesitará autorizacion del gobierno para fundar publicaciones periódicas; de cuyo modo es de creer que muy luego será otra la estadística de la prensa.

No hace mucho tiempo hablamos á nuestros lectores de los chascos que suelen llevarse los aficionados á curiosidades antiguas; pero por lo visto, el caso citado entonces, que fué muy notable, no ha servido de escarmiento, á juzgar por este nuevo engaño ocurrido dias pasados en el hotel Drouot.

Parece ser que en una venta de curiosidades de mucho valor salió á subasta una cajita adornada con bajo-relieves de metal de un trabajo delicadísimo, y que aparentemente ofrecia todos los caracteres de una obra del siglo XVII.

Muchos fueron los que se disputaron este objeto, que al fin se llevó un señor baron, coleccionista intrépido, mediante la cantidad de 6,000 francos.

Ahora bien, cuando se hallaba ya en posesion de la cajita, uno de los que habian pujado con mas empeño, se acerca al baron y le dice:

— ¿Con que es Vd. el que ha comprado la cajita?

— Sí, señor.

— ¿Y está Vd. contento?

— Contentísimo; habria hecho cualquier sacrificio por obtenerla.

— Pues permítame Vd. que le diga una cosa.

— ¿Y cuál es?

— Que le han engañado á Vd. como á un chino.

— ¿De veras?

— Sí, señor: ¿quiere Vd. saber cuánto vale en realidad esa alhaja?

— ¿Por qué no?

— Pues vale 10 francos, y ni un céntimo mas, es un objeto falsificado, y apuesto mil contra uno.

El baron comenzó á entrar en cuidado, y á fin de aclarar el asunto sobre la marcha, fué á contar lo acaecido al tasador, quien mandó inmediatamente que los peritos reconociesen la cajita. Con efecto, los bajo-relieves eran de hierro con una capa dorada, y solo como obra de falsificacion aquella cajita era cosa de mérito. La venta se anuló; pero de todos modos el baron salió del hotel Drouot muy desconsolado, porque no habia sabido conocer que le daban gato por liebre.

Ahora es justo añadir aquí, que no obstante estos engaños, que á la verdad son siempre casos raros, se sacan tambien á subasta objetos verdaderamente preciosos y dignos de llamar la atencion de todo inteligente acaudalado. Los periódicos ingleses citan un hecho sin precedente en una venta de estampas que acaba de tener lugar en Londres.

Una prueba del célebre grabado de Rembrandt, *JESUCRISTO SANANDO Á LOS ENFERMOS*, que se conoce con el nombre de la *Pieza de cien florines*, se adjudicó el sábado último por la enorme cantidad de 29,000 francos.

Otras pruebas de esta estampa rarísima que por el precio en que Rembrandt la vendió la ha merecido el nombre con que se conoce, fueron vendidas por 230 frs. en 1754. El progreso en el valor de estas estampas es notable. En el año 1809, ya pasaba de 4,000 francos, llegando hasta 4,075 por una prueba en papel de seda del Japon: en 1840, la prueba de 1809 llegó hasta 5,775, bonito precio en verdad, pero que aun distaba mucho de los 29,000 francos pagados en Londres.

Y ya que tenemos á la mano los diarios ingleses, vamos á consignar aquí el fallecimiento del jóven conde de Brownlow, uno de los nobles mas ricos de Inglaterra, que ha bajado al sepulcro á la edad de veinte y cuatro años.

El jóven conde disfrutaba de la enorme renta anual de tres millones y medio de francos; pero desgraciadamente desde su niñez estaba enfermo, y puede decirse que su vida ha sido un dolor constante. Esta circunstancia le habia inspirado una viva compasion por los males ajenos. Su caridad no tenia límites, y sobre este punto vamos á citar el siguiente ejemplo.

Como el clima de Inglaterra, sobre todo en el invierno, le era muy fatal, los facultativos le mandaban pasar algunos meses cada año en clima mas benigno. Ahora bien, á cada uno de estos viajes el noble enfermo hacia buscar á las personas que padecian la misma enfermedad que él, pero que no podian sufragar los gastos de una expedicion al extranjero, y se las llevaba consigo. A veces estos acompañantes ascendian al número de 30 ó 40, y á todos ellos atendia, tanto en el viaje como en la residencia de invierno, con un celo y una benevolencia de que hay pocos ejemplos. ¡A cuántos de estos infelices ha salvado la vida, mientras él era minado por la enfermedad que le ha llevado al sepulcro!

Conforme ofrecimos á nuestros lectores, vamos á tratar hoy de la nueva ópera de Verdi, *Don Carlos*, cuyas escenas principales se verán representadas en la página 221 de este número.

Mucho se ha escrito sobre el príncipe Don Carlos, hijo de Felipe II y de María de Portugal; pero no por esto se han aclarado suficientemente los misterios de su vida. Parece

ser que su carácter era altanero, violento y cruel; que quiso ponerse á la cabeza de los revoltosos de Holanda, y que este y otros actos excitaron las iras de su padre, quien penetró una noche en su cuarto, le mandó arrestar y formar causa. Sabido es que tuvo un fin muy trágico; pero tambien en este punto se hallan en desacuerdo los historiadores: unos dicen que fué asesinado secretamente, y otros que se suicidó; y por último, hay quien atribuye á celos los rigores de Felipe II, rigores que llegaron hasta el punto de dar á su hijo una muerte alevosa.

La ficcion debia naturalmente apoderarse de una intriga tan dramática, y con efecto, Schiller ha escrito con este argumento un drama que ha servido para hacer el libretto de la nueva partitura, á los señores Mery y Camilo Du Locle.

Su trabajo no es una obra servil, sino que han cortado y añadido, segun las exigencias del compositor, y sin cuidarse mas de la verdad histórica que el dramaturgo alemán.

El primer acto que entero y verdadero es invencion de los autores franceses, pasa en el bosque de Fontainebleau, en medio del invierno. Esta expedicion á Francia era precisa para que Don Carlos se encontrara con Isabel de Valois, y la declarase su amor que es correspondido. Sin embargo, el embajador de España destruye la novela en su principio, pidiendo la mano de la princesa para el rey su amo, de cuyo modo Felipe II se casa con la mujer que su hijo ambicionaba por esposa.

Al levantarse el telon del segundo acto, nos hallamos en el claustro del monasterio de Yuste. A la derecha se ve entre las rejas de oro de su capilla fúnebre, el sepulcro de Carlos V. Un coro de monges canta por el reposo del emperador difunto.

Don Carlos aparece triste y meditabundo, y recibe al marqués de Posa, un amigo leal que es su consuelo en todas sus aflicciones. Mientras se prodigan en un duo las protestas de la amistad mas firme, vuelve la procesion de frailes, esta vez con Felipe II á la cabeza, que se arrodilla delante del sepulcro de Carlos V.

El segundo cuadro representa un bonito jardin cerca del convento. Rodean á la reina sus camaristas que tratan de distraerla, y la princesa Eboli canta la cancion del *Velo*, preciosa balada que es una de las mas lindas inspiraciones de la ópera.

El marqués de Posa entrega á la reina unas cartas de Francia, y entre ellas un billete en el que Carlos solicita una entrevista. Con efecto, Carlos aparece, y pinta desesperadamente su pasion; pero la reina le responde que debe abandonar toda esperanza, y que no debe mirarla mas que como una madre.

Don Carlos se aleja á la vista del rey, que viene buscando á su esposa, y entonces el marqués le describe la miseria de Flandes, confesion que agrada al monarca por su franqueza.

El tercer acto comienza en Valladolid, y nos encontramos con una fiesta intercalada con el solo objeto de que haya un rato de baile, episodio indispensable en todas las óperas que se ejecutan en la Academia Imperial. Este baile, que se titula la *Peregrina*, es insignificante.

En esta fiesta Don Carlos toma á la princesa de Eboli enmascarada por la reina, y descubre su amor. La princesa, que tambien ama á Don Carlos, concibe por él un odio terrible, cuyos efectos apenas logra calmar momentáneamente el marqués de Posa.

La escena cambia, y vamos á asistir á un auto de fe. El fúnebre cortejo se adelanta por la plaza Mayor de Valladolid, cuando hé aquí que sale al encuentro del rey una diputacion de Flandes conducida por Don Carlos, que viene á pedir justicia en nombre de las provincias devastadas.

Felipe II se niega á escuchar á los diputados, y entonces Don Carlos desenvaina su espada, y se pone á la cabeza de los rebeldes.

El rey manda que desarmen al infante; pero los soldados conmovidos permanecen inmóviles, y únicamente el marqués de Posa, al ver el peligro que corre el príncipe, se acerca á él y le pide su espada.

Esta es la página magistral de la partitura.

En el acto siguiente el rey recibe la visita del inquisidor y luego la de la reina, quien se queja de que la hayan robado el retrato del infante que recibió cuando fué su prometida esposa. El rey la contesta con palabras terribles, y algunos minutos despues, la princesa de Eboli se arroja á sus pies y confiesa su crimen:

— Sí, el amor y el furor, exclama; todos los tormentos de los celos que me devoraban han tenido la culpa... Yo amaba al infante... y el infante me despreció...

— ¡Desdichada! Elegireis, antes del dia de mañana, entre un claustro y el destierro... ¡Vivid feliz!...

Preso Don Carlos, entra en su prision el marqués de Posa, que recibe una descarga de arcabuz y muere en brazos de su amigo.

Don Carlos, c'est mon jour suprême,
Echangeons l'adieu solennel...

Es el caso que se han hallado papeles de Don Carlos en la habitacion del marqués, y se le atribuyen los proyectos de trastornos en Flandes.

Sin embargo, el rey va á devolver la libertad á su hijo, cuando estalla una insurreccion provocada por la princesa de Eboli para salvar al príncipe; pero el motin no espanta al soberano, y el gran inquisidor hace caer al pueblo de rodillas.

En el acto quinto aparece la reina prosternada ante la tumba del emperador, en cuyo lugar se ha citado con Don Carlos para una postrera despedida.

Hé aquí el desenlace. Acude Felipe, bien resuelto á entregar á su hijo al Santo Oficio; pero Carlos se ampara al sepulcro del emperador, la reja se abre, y Carlos V se levanta de la tumba para extender la mano sobre su nieto y defenderle, lo cual quiere decir que la función concluye con una escena de magia.

Vamos á señalar ahora las piezas que descuellan mas en la partitura.

No hay obertura, y en el primer acto apenas se encuentra otra cosa que un coro de cazadores y el duo amoroso entre Don Carlos y la futura reina.

Ya hemos dicho que en el acto segundo la canción del Velo es una lindísima inspiración, quizás la melodía que se hará mas popular de todas las que cuenta esta partitura, que desgraciadamente no son muchas. En este mismo acto hay otro duo entre Don Carlos y la reina, que es también italiano puro.

El tercer acto encierra, como también hemos indicado ya, la pieza principal de la ópera. Nada mas grandioso: las masas corales, el sexteto de los personajes principales, la orquesta, la banda de música militar, todo esto viene á confundirse un momento produciendo un efecto indescriptible. En los dos últimos actos no hay pieza alguna que sobresalga. El duo de Felipe II y del gran inquisidor, duo interminable, apenas ofrece aquí y acullá algunos detalles en que se reconoce la mano del maestro.

En resumen, *Don Carlos*, sin el acto tercero, sería una de las partituras mas inferiores que ha escrito Verdi, considerada en su conjunto. Dicese, y con razón, que ha querido dejar de ser italiano para hacerse alemán; si es así, lo deploramos sinceramente, y creemos que esta será una prueba única, y que en lo sucesivo Verdi tendrá mas presente que no á la ciencia, sino á la inspiración, ha debido hasta aquí la parte mejor de sus triunfos.

La ejecución es muy notable por parte de Faure (marqués de Posa), Obin (Felipe II), María Sass (la reina), y madama Gueymard (la princesa Eboli). En cuanto á Morère, que hace de Don Carlos, deja mucho que desear, pero es un tenor, y con los tenores hay que ser indulgente en los tiempos que corren. En cuanto á trajes y decoraciones, el espectáculo es asombroso.

Apenas nos queda espacio para consignar aquí el gran triunfo que ha obtenido, en el teatro del Gimnasio, la nueva comedia de Alejandro Dumas, hijo, titulada: *las Ideas de madama Aubray*: hablaremos de esta brillante producción en nuestra próxima revista.

MARIANO URRABIETA.

Galería de celebridades contemporáneas

M. THIERS.

Moralistas severos ó desengañados que decís que la gloria es humo, bien debeis confesar que esta palabra ha de tener al menos una fuerza mágica, y si no, yo desafío á todo hombre inteligente á que suba sin emoción la escalera que conduce al gabinete de M. Thiers en el palacio de la plaza de San Jorge, que pertenece ya á la historia contemporánea. Detengámonos un momento, antes que llegué el dueño de la casa, y echemos una ojeada en nuestro derredor.

Ese gabinete, popularizado por el dibujo y el grabado, es de forma oblonga; sus ventanas caen á una galería que domina el jardín. En este jardín, que parece admirado de subsistir aun en medio de uno de los barrios mas animados y populosos de París, un magnífico árbol, con festones de enredaderas, sirve de centro á los arbustos, las fuentes y las céspedes, que dan por un momento al visitante una sensación de frescura y de soledad.

El interior de este laborioso retiro agotaría el estudio de un anticuario, la ciencia de un orientalista, la curiosidad de un hombre de mundo y la atención de un artista. M. Thiers se revela allí en todas las cosas, y podría contarse la vida mediante esos objetos familiares que son sus instrumentos y compañeros de trabajo. Los bronces nos recuerdan sus viajes á Italia, y esa *Historia de Florencia* que hoy terminaría, si sus secretas predilecciones no hubiesen cedido á sus deberes de ciudadano, de orador y de hombre político. Los mapas nos dicen cuántas veces el historiador nacional, el incansable publicista se ha paseado en mientes por los países donde la bandera francesa ha tremolado. Las esferas, las colecciones científicas nos prohiben olvidar que su inteligencia enciclopédica no se atiende á las especialidades que han hecho su gloria, y que al salir de la sesión de la Cámara ó de una lectura grave, M. Thiers irá quizás á hablar de astronomía con M. Leverrier, ó de las generaciones espontáneas con M. Pasteur. Masas de folletos y de periódicos anotados señalan sus excursiones matutinas al través de todo cuanto se escribe sobre las cuestiones actuales, desde el libelo hasta el mandamiento; pero lo que desde luego llama la atención y excita una especie de sorpresa, es una colección de aguadas que son otras tantas copias de los cuadros mas

célebres de Miguel Angel, Rafael, el Ticiano, y los grandes maestros de la escuela italiana; aguadas cuyo sentido se comprende mejor cuando se ha oído hablar á M. Thiers de su pasión por todo aquello que enlaza la historia de las artes á la historia del género humano.

Hé aquí que llega, y jamás pudo haber figura mas en armonía con lo que le rodea. El boato como le comprenden los millonarios de fecha reciente ó los señores extranjeros, no le convendría. Lo que le sienta bien, es justamente esa intimidad con todas esas obras de arte que son bellas sin ser de las que todo lo absorben, que conoce como si él las hubiera hecho, que se ha adquirido y asimilado dia por dia, que han entrado en su vida, y de las cuales es él el comentario. Aun cuando el visitante fuera de la familia de los Zoilos y tuviese derecho á un lugar en el círculo dantesco de los *Envidiosos*, apuesto á que ninguna sombra de envidia alteraría las impresiones de su visita. Concibo sin aprobarle el hombre inteligente, laborioso y pobre, que admirando las magnificencias de un rico imbécil, siente á la vez envidia y veleidades epigramáticas; pero nada de esto sucede aquí: cada una de esas *preciosidades* representa un mes de pacientes investigaciones, un capítulo de viaje, un recuerdo de las horas militantes del diario y de la tribuna, el nombre de algun artista generosamente socorrido, ó en fin, una página de la *Historia de la Revolución francesa* ó de la *Historia del Consulado y el Imperio*, obras populares en el sentido mas lato y elevado de esta expresión, obras cuya legítima fortuna ha sido tal, que habiendo sido pagadas á un precio desconocido aun en la librería francesa, han enriquecido al editor mas que al escritor, y mas que al editor á la moderna literatura.

Una vez que se ha tomado asiento y que se han cambiado las primeras palabras con M. Thiers, ya está echizado el visitante. El retrato de M. Thiers no es fácil, y tanto la pluma como el lápiz se exponen á omitir muchos detalles de importancia. En otros tiempos, tiempos felices en que los hombres de talento permitían que se riera la gente á sus expensas, la caricatura se apoderó de la pequeñez de su estatura y de sus anteojos, detalles secundarios que hoy desaparecen bajo rasgos mas característicos. La edad, la celebridad, el reflejo de la inteligencia, el contento interior de una vida apacible en el interior, y bien empleada exteriormente, han cambiado todo esto: el hombre que á los veinte y cinco años tuvo sin duda el honor y la felicidad de ser lo contrario de un guapo mozo, es hoy un sexagenario de trato muy afable. M. Thiers no ha tomado la robustez que suele adquirirse á ciertos años; su cabello muy fino y de una blancura lustrosa, se destaca sobre una frente ancha, sin arrugas, cuyos tonos oscuros acusan los hábitos del *tourista* y el origen meridional; tiene bien llenas las mejillas; la boca dibuja un arco siempre dispuesto á lanzar flechas corteses. Los ojos, medio escondidos bajo los párpados, son tan vivos y expresivos que se diría iluminan los anteojos.

Pero se pone á hablar, y el que está con él no sabe mas que escucharle; cosa singular y que no creíamos si no la hubiésemos experimentado! En un siglo en que nuestros *ilustres* han cansado con sus confidencias nuestras primitivas admiraciones, la vida pública de M. Thiers, contada por él mismo al amor de la lumbré, sin pretensión de ninguna especie, bajo la forma de conversacion familiar, nos parece mas verídica, mas positiva en sus relaciones, que lo era en nuestros recuerdos, desfigurados por el espíritu de partido.

M. Thiers, en su carrera larga ya, secundada ó atravesada por tres ó cuatro revoluciones, supo establecer tanta unidad como contradicciones y contrastes introducian en ella los sucesos. Ha sido, en grado eminente, un *francés* colocado en una época transitoria entre el hundimiento definitivo del mundo antiguo y el borrasco advenimiento de la sociedad nueva; un *liberal* nacido y educado en un país que, queriendo la libertad para comprometerla, exagerándola para perderla y perdiéndola para echarla de menos, conserva sin embargo su gratitud á todos los que sinceramente la han amado y la han defendido con elocuencia; un *bourgeois*, venido en una época en que este título no implica ni una lucha que sostener, ni un escalon que subir, ni una inferioridad que borrar, y en que las grandes inteligencias no necesitan ya rebajar nada para igualarlo todo. ¿Quién de nosotros no preferiría llamarse Thiers, Guizot, Berryer, Ingres, Auber, á descender de algun cruzado mas ó menos auténtico, mas hábil para derrotar á los sarracenos que para preparar, seis siglos de antemano, á sus herederos un puesto distinguido en el siglo XIX?

Conocido es el principio de la vida de M. Thiers. Nacido á fines del siglo último, contaba á Andrés y María-José Chenier entre los primos hermanos de su madre. Se crió en Marsella en un centro católico y realista, y luego fué enviado al colegio, donde sus primeros gustos y aptitudes le inclinaron á las ciencias exactas. A menudo se ha extrañado encontrar mezcladas tantas intenciones belicosas en su existencia de hombre de Estado y de escritor; así como su afición á la guerra, y á describirla, y á darse cuenta de todos sus secretos estratégicos; pero esta sorpresa se desvanece cuando se piensa que M. Thiers, hasta los diez y seis ó diez y siete años pudo creerse llamado á la carrera militar; que durante esta época sombría, 1812, 1813 y 1814, que fué la de su adolescencia, todo debía hablar en este sentido á la imaginación y á su patriotismo; las desgracias de la Francia, sus peligros, el ruido de las armas que se acercaban á la frontera y la perspectiva de las levas en

masa. En aquella crisis de doloroso heroísmo, delante de la imagen de la patria cubierta de luto, la guerra fué sin duda para un adolescente lleno de fuego, de ardor, de bizarría, lo que el amor es para el jóven que se ve obligado mas tarde á hacer una boda de conveniencia, lo que son los versos para el poeta de veinte años, que acaba por escribir en prosa.

La Restauración vino á cambiar estas miras: despues de haber estudiado leyes en Aix, y de haberse ligado allí con M. Miguet mediante una amistad inalterable, M. Thiers vino á París. Nada menos cierto que lo que se dijo sobre la falta de usos mundanos del jóven provenzal, por cuyo motivo aseguran fué una especie de *curiosidad* en los salones parisienses. La sociedad, muy indulgente con los necios (y para esto tiene sus razones), se muestra intratable con los hombres que forman contraste en ella por sus hábitos, sus maneras y su lenguaje. No es creible que altas señoras como la princesa de Lieven, personajes como el duque de Liancourt, pensadores altaneros como Reyér Collard, jueces tan dificultosos como el baron Luis y el príncipe de Talleyrand, distinguieran desde luego y despues adoptasen y mimasen á este jóven sin fortuna y sin nombre, si hubiese neutralizado su gracia meridional con una charla importuna y modales de taberna.

Lo cierto es que M. Thiers habla con profunda gratitud de estos primeros patronos de su juventud, y que al fin y al cabo, bajo sus felices auspicios se dió á conocer el jóven y osado combatiente dotado de facultades excepcionales. Ya entonces tocaba á todos los ramos de los conocimientos humanos, con esa curiosidad activa que es tan diferente de la curiosidad frívola; poseía ya ese genio de asimilación que debía ser mas tarde uno de los rasgos distintivos de su originalidad. Así es que se iniciaba fácilmente en el arte de la guerra hablando con el general Jomini, en la elocuencia parlamentaria escuchando al general Foy, en las materias rentísticas con el baron Louis ó con J. Laffitte, en las evoluciones diplomáticas y mundanas con el príncipe de Talleyrand, en las luchas del periodismo con los periodistas mas célebres de entonces, y todos ellos fueron conquistados por este nuevo auxiliar, tan pronto para la réplica, tan resuelto y tan hábil para convertir en acciones las ideas. Por aquel tiempo trazaba el primer plan de la *Historia de la Revolución*, y entraba en el *Constitucional*, donde Etienne, hombre ligero, pero de acierto en sus juicios, no tardó en confiarle los cuidados de la redacción. En medio de todas estas obras emprendidas, meditadas ó presentidas, hallaba tiempo para ocuparse de artes, para juzgar la Exposición de Bellas-arts de 1822, y escribir relaciones de viaje, montar á caballo, tirar el florete, aprendiendo todo esto como si hubiese previsto que en los años de conflicto y de tormenta, un hombre de acción y de iniciativa podía tener necesidad de todos los medios de defensa.

Sin embargo, á medida que el gobierno se obstinaba en olvidar sus orígenes ó sus promesas liberales, la libertad se hacia mas recelosa y la oposición mas vehemente. De este modo M. Thiers, en presencia del ministro Polignac, abandonó al *Constitucional*, cuyo arsenal comenzaba á envejecer, para figurar entre los redactores del *Nacional* que desdeñando de mantenerse á la defensiva, llevaba todas las mañanas el ataque y el desafío al campo enemigo. Así también puso á la corona en la alternativa de encerrarse en la Carta ó de dejar el puesto libre. Sabido es lo que de esto resultó: M. Thiers fué uno de los primeros en la brecha; pero al cabo de treinta y siete años de pruebas y de desengaños, basta oírle evocar estas imágenes del pasado para distinguir un matiz que ofrece su valor histórico. Con muchos de sus amigos políticos que entonces pasaron por *vencedores*, habria preferido hacer bajo la monarquía tradicional é irresponsable la aplicación completa de las libertades constitucionales. M. Thiers, tan francés como era, cometió la falta de creerse en Inglaterra.

El gobierno de 1830 fué un nuevo campo de batalla para M. Thiers; mas no en este corto espacio podemos detallar todos los episodios de esa época. Tomando las cosas en conjunto, diremos que hizo la guerra al gobierno *personal*, como en el precedente período habia luchado contra las tendencias retrógradas de un rey amable y bueno, pero sitiado por los fantasmas del 93 y dispuesto, por su devoción de pecador arrepentido, á desconfiar de todas las exigencias del espíritu moderno. M. Thiers habria querido que Luis Felipe entregara á sus ministros los negocios exteriores así como les abandonaba los del interior; habria deseado que aun siendo amigo de la paz, no hubiese parecido que temía tanto la guerra; con pesar veía que este temor, casi proverbial, producía por parte de las potencias extranjeras ciertas oposiciones que ajaban el sentimiento nacional: hallábase convencido, y á nuestro juicio con razón, de que una actitud firme, un tanto altanera, habria hecho cesar inmediatamente tales oposiciones, y que sin comprometer ni un hombre ni un escudo, el sentimiento nacional se habria mostrado siempre satisfecho.

Tal fué, bajo esta monarquía que contribuyó á fundar, sin haberla deseado verdaderamente, la situación de M. Thiers; amigo tibio, opositor de buena fe, aliado necesario, orador admirable en un género que él habia creado, no se deslumbró jamás, ni fué cortesano nunca. Llamado demasiado tarde á la cabecera de muerte de aquella dinastía que pasó en veinte y cuatro horas de una salud aparente á una agonía irremediable, M. Thiers tuvo que luchar, en los primeros tiempos de la república de febrero, contra una impopularidad pasajera; ebullición de los arroyos de París que se

GALERIA DE CELEBRIDADES CONTEMPORANEAS



M. THIERS



EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867. — El pabellon de España.



El pabellon de Portugal.

detenia en los umbrales de las tiendas y de las casas. De esta crisis salió siendo diputado, publicista, armado de pies á cabeza, y cien veces mas influyente que cuando era primer ministro. Es la época en que ha hecho mas servicios á la sociedad, á la civilizacion y á la libertad de conciencia. Palmo á palmo defendia la propiedad, combatia el papel moneda; y tal era, preciso es confesarlo, la honradez, la rectitud de aquellos hombres de la república, arrastrados por el declive de peligrosas utopías, que bastaba la elocuencia viva, práctica y clara de M. Thiers, para que la mayoría modificase sobre la marcha su opinion y sus votos, y se resignase á ser impopular para no chocar con el buen sentido.

Y á todo esto proseguia con un aumento de talento y de autoridad moral la *Historia del Consulado y del Imperio*, que será el mas bello monumento de la Francia contemporánea. Luego, á cada nueva prueba de desacuerdo y de inconsistencia que daban los partidos, el historiador se cambiaba en profeta. Cuando se realizaron sus profecías, algunos meses de destierro fueron seguidos de diez años de retiro; retiro laborioso y fecundo en el que M. Thiers habria permanecido muy gustoso, concluyendo su grande obra, preparando su *Historia de Florencia*, rodeado de dulces afectos y preciosas amistades, volviendo á sus gustos de artista, coleccionista y erudito, si la política no le hubiese arrancado de él á viva fuerza. Solo entre todos los hombres de Estado de la bella época parlamentaria, podia desempeñar un gran papel y ejercer un gran influjo allí donde la libertad en desgracia mas necesitaba un defensor elocuente y enérgico. M. Thiers comprendió que aun le faltaba algo que hacer por su país y por todas las grandes ideas á las que habia consagrado su juventud y su edad proveya: y sabido es cómo ha pagado su deuda.

Detengámonos aquí: demasiado larga para un retrato y demasiado corta para un estudio biográfico, esta página debe dejar á M. Thiers en el punto en donde le ha encontrado, esto es, en su casa, en la expansion de una conversacion familiar, delante de esas aguadas en las que reviven la *Trasfiguracion* y el *Juicio final*; explicando su política, contando su vida; sencillo y natural, imponiendo la simpatía sin pedir la admiracion; sabiendo persuadir con lo que él cree, y apasionar con lo que dice; poniendo sin cesar al entendimiento al servicio de la sensatez; tal, en una palabra, como ha debido ser para ocupar un puesto unico en la historia de su siglo y para que una nacion como la Francia le cobrara cariño sin obedecerle, le eligiese por su favorito sin aceptarle por guía, y casi constantemente le diese la razon..... mientras se conducia como si no la tuviera.

A. DE PONTMARTIN.

Exposicion universal de 1867.

EL PABELLON ESPAÑOL Y EL PABELLON PORTUGUÉS.

El pabellon que la España ha hecho construir en el parque de la Exposicion del Campo de Marte, es un recuerdo de aquellos notabilísimos monumentos, demasiado poco conocidos, con que el renacimiento de las artes dotó á la península ibérica. Era la época en que se renovaba el universo, la época en que Cristóbal Colon daba un nuevo mundo á la España.

A Castilla y á Leon
Nuevo mundo dió Colon.

Las artes y las ciencias salieron de su largo sueño, el estudio de la naturaleza y de las obras maestras de la antigüedad abrió nuevos horizontes: entonces se operó esta metamorfosis. La España no se quedó atrás en aquel movimiento que se sintió en todo el mundo civilizado; antes bien se adelantó á todo el mundo, y no hay ciudad en España que no pueda ofrecer una muestra preciosa, testimonio auténtico del apogeo de las artes en el país.

La concepcion y edificacion de este monumento, copia de un palacio de Salamanca, y destinado á la exposicion agrícola de España, se deben á don Gerónimo de la Gándara, miembro de la Academia de San Fernando y profesor de la Academia superior de arquitectura de Madrid. A su lado acaban de construir una dependencia destinada á la venta de un refresco de primera necesidad en toda la península, la horchata de chufas, que quizás adquirirá el derecho de ciudadanía en Francia.

El pabellon portugués es otro recuerdo de aquellos monumentos del siglo XVI, de que se hallan tantas muestras en Portugal y cuyos mas bellos tipos son el palacio de Cintra y el convento de Batalha. El Portugal es aun mucho menos conocido que la España, y sin duda seria provechoso, ahora que entra la arquitectura en una fase de transición, estudiar bien en ambos países las obras que ha dejado allí el Renacimiento.

P. B.

Crichton

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR W. HARRISON AINSWORTH.

(Continuacion.)

— ¡Señor! contestó el Bearnés irguiéndose altivo y orgulloso, y mirando á su hermano con desprecio; me habeis ultrajado cruelmente al llamarme rebelde. Esto es falso: yo no soy un rebelde, y prueba de ello es que he venido aquí, acompañado tan solo del baron Rosny, sin que ningun pensamiento de traicion ocupase mi mente. Mi único deseo era romper una lanza con cierto caballero, de cuyas proezas dudaba, como dudais vos en este momento de mi sinceridad.

— Me juzgais mal, hermano; Dios me libre de poner en duda vuestra lealtad.

— Vuestros actos contradicen vuestras palabras, señor, y las hostiles disposiciones que tomais me prueban que desconfiais de mí. Vuestra alarma, sin embargo, es infundada, pues para venir como enemigo, no me hubiera presentado solo. Ayer mañana penetré en Paris con doce hombres solamente; hoy he franqueado las puertas del Louvre con uno solo, y mañana al rayar la aurora me hallaré en camino para mis Estados, si me permitis marchar pacíficamente con mi escolta.

— Pero entre tanto, hermano, quisiera saber qué os ha impulsado á salir de esos Estados adonde tanta prisa teneis por volver, pues yo no creo que haya sido tan solo el deseo de esta entrevista.

— Nada de eso, señor, puesto que mi intencion era guardar el mas riguroso incógnito: ya os he dicho el motivo principal de mi visita, y á esto solo debo añadir que deseaba llevarme á mi esposa.

— Muy bien, estad seguro que se os restituirá.

— Ya no la quiero, señor.

— Sois variable, hermano.

— Es posible, señor, repuso con frialdad el Bearnés; pero me inspira aversion una mujer infiel.

— De todos modos, ya os he ofrecido lo que pediais, dijo Enrique III con tono irritado. Y ahora, caballero Crichton, añadió dirigiéndose al escocés, que observaba en silencio aquella escena, avanzad y arrestadle.

Estas palabras pronunciadas con acento de cólera, produjeron un profundo efecto en el grupo de cortesanos.

Saint-Luc y Epernon sacaron sus espadas, colocándose al lado del rey; y el Bearnés lanzando tan solo una exclamacion, puso la mano en la empuñadura de su acero. Su brazo, sin embargo, se vió sujeto por la vigorosa mano de Rosny.

— Acordaos, señor, dijo el baron en voz baja, de la sagrada promesa que habeis hecho á vuestro pueblo y á vuestro Dios. Un paso en falso, y vuestros súbditos quedarán sin jefe, vuestra religion sin defensor. ¡Mirad lo que haceis!

Sin embargo, Crichton no se movía, y miraba fijamente al rey de Navarra.

— ¿Deberé repetir mi orden, caballero? preguntó Enrique III.

— No, señor, repuso el Bearnés; voy á sacar al caballero Crichton de su apuro. Hé aquí mi espada, caballero.

El escocés la recibió inclinándose profundamente.

— Conservadla, dijo Enrique de Navarra; yo os la regalo.

— Me ruborizo al recibir este acero, contestó Crichton, tratando de dominar su emocion.

— Y ahora, dijo Enrique III, vamos á ver á ese inglés.

— Deteneos, señor, exclamó el Bearnés; antes de terminar esta conferencia, deseo comunicaros un secreto importante; y ya que no he podido hacerlo privadamente, fuerza será que os lo diga en público.

Enrique III miró al duque de Nevers, el cual acercándose inquieto á su soberano, le dijo:

— Créo que seria mejor poner fin á esta entrevista, señor.

— A mí me parece lo contrario, primo mio, repuso Enrique III, cuya curiosidad acababa de despertarse.

Y dirigiéndose al Bearnés, añadió:

— Hablad, hermano mio; ya estoy impaciente por saber qué secreto es ese.

— Vuestra Majestad me obliga á dar este paso, contestó el Bearnés con altanería; yo hubiera querido evitar á vuestra madre el baldon que caerá sobre ella á consecuencia de mi revelacion.

— ¿Sufriréis tanta insolencia? dijo el duque de Nevers, alarmado al oír las palabras del rey de Navarra.

— No hagais caso, repuso Enrique III; á S. M. la reina madre le importa poco lo que mi hermano diga de ella.

— Ahora, continuó el Bearnés, voy á exigir lo que antes solo hubiera pedido. En nombre de mi primo Enrique I de Borbon, príncipe de Condé, cuya persona represento aquí, intimo á V. M. que ponga en libertad á su hermana, detenida como cautiva en el Louvre por la reina Catalina de Médicis.

— ¡Voto á sanes, hermano mio! os aseguro que estais equivocado. Mi madre no tiene semejante cautiva.

— Vuestra Majestad ignora esta circunstancia, dijo el Bearnés.

— Pues bien, hermano mio, repuso Enrique III; si lo que decís es cierto, os doy mi palabra de que la princesa quedará libre.

Al oír estas palabras, Crichton dejó escapar una exclamacion de alegría.

— Concededme pues el favor por completo, dijo el rey de Navarra, y permitid que la princesa salga al momento del Louvre con vuestro salvo-conducto. Mi misma escolta podrá conducirla adonde se halla Condé.

— ¿Por qué teneis tanta prisa, hermano? preguntó Enrique con aire de desconfianza.

— Porque mientras esté en poder de Catalina de Médicis, su vida y su honor se hallan en peligro, contestó el Bearnés.

— Andad con cuidado en eso de calumniar á mi madre, replicó el rey con calor. Esas son odiosas acusaciones.

— Las hago en pleno dia, ante vuestra nobleza, y no se echarán en olvido.

— Ni quedarán tampoco sin recompensa, dijo el rey frunciendo el ceño. Continuat, hermano.

— Soy un soldado y no un cortesano, prosiguió el Bearnés. Rara vez cambio mi corselete de acero por una ropilla de seda, y mis palabras francas nunca llevan el sello de la lisonja. Vuestra Majestad me ha obligado á formular esta acusacion en público, y estoy pronto á sostenerla y á probarla. Me habeis dado vuestra palabra real de que la princesa quedará libre, y esto me basta.

— ¿Qué misterio será este? preguntó Enrique III al duque de Nevers.

— Esto es que el rey de Navarra ha perdido la cabeza y la prudencia, contestó el duque. Yo puedo aseguráros sin vacilar que no existe semejante princesa.

— ¿Estais cierto de ello, primo?

— Completamente.

— Entonces me quitais de encima un gran peso, pues ya creia haberme comprometido.

Entre tanto el Bearnés se habia dirigido á Crichton y le decia:

— Caballero Crichton, ¿quereis escoltar á la princesa de Condé hasta reunirse con su hermano?

El escocés se puso como la grana al oír esta proposicion.

— Vuestra Majestad me acaba de nombrar jefe de su escolta, y yo no puedo aceptar ambos cargos á la vez.

— Ni yo tampoco podria consentir en separarme de vos, amigo mio, dijo Enrique III. Para terminar esta discusion, añadió dirigiéndose al rey de Navarra, os prometo que si hallais á la princesa, yo os proporcionaré una escolta.

— ¡Muy bien! exclamó el Bearnés señalando á la galería real; ¡ahí la teneis!

— ¿Dónde! ¿Quereis decir que?...

— Que en la reina del torneo, en la bella Esclarimonda, tiene V. M. á la hermana de Enrique de Condé, mi prima, vuestra prima, señor.

— ¡Muerte y condenacion, hermano! por fuerza estais soñando. ¡Esclarimonda mi prima! ¡Esclarimonda princesa de Condé! ¿Será cierto? ¡Ah! pero vos no podeis esperar que yo crea semejante cosa, sobre todo cuando no hay pruebas.

— Tengo pruebas evidentes que convencerán á Vuestra Majestad.

— ¡Aducidlas, hermano, aducidlas! gritó Enrique temblando de agitacion.

— Mandad á vuestra guardia que traiga á la presencia de Vuestra Majestad á un ministro de la religion reformada que se llama Cristian, y que es el consejero espiritual de la princesa. El tiene las pruebas.

— ¡Ah! ¿pensais engañarme con los artificios de un miserable? gritó Enrique III. ¿Pensais que vaya á anteponer las invenciones de ese hipócrita á las palabras de mi madre? En la plaza de la Greve hay un cadalso, y allí será donde expie sus culpas ese perjuro hugonote.

— Hacedle venir, y si os engaña, yo me atengo á las consecuencias de su falta, repuso el Bearnés.

— Sea pues, exclamó Enrique, como si hubiese tomado de pronto su partido.

— Vuestra guardia deberá ir á buscarlo á los calabozos del Louvre, dijo Crichton. Cristian está prisionero.

— ¡Prisionero! añadió Enrique con alegría.

— Se halla en poder de Catalina de Médicis, continuó el escocés.

— ¿Y los documentos? preguntó con viveza el rey de Navarra.

— Tambien se hallan en poder de S. M. la reina madre.

— ¡Maldicion! gritó el Bearnés.

— ¡Magnífico! exclamó Enrique III.

— Cristian ha sido condenado á la hoguera, continuó Crichton.

— Vuestra Majestad revocará esa injusta sentencia, exclamó el Bearnés con indignacion. Cristian es inocente de todo crimen.

— Sí, excepto el de heregía, que es el mas odioso á mis ojos, contestó Enrique III. Mi madre ha obrado segun yo deseaba, y si fuera necesaria mi sancion para quemar á ese hereje, la concederia inmediatamente.

— ¿Vais pues á violar la majestad de vuestras propias leyes, señor? preguntó el Bearnés. ¿No tendreis entonces consideracion alguna hácia la santidad de los juramentos que voluntariamente habeis prestado á vuestros súbditos protestantes?

— *Hereticis fides non servanda est*, contestó con frialdad Enrique III.

— Entonces debo creer, dijo el Bearnés, que vuestra real palabra no liga vuestra conciencia. ¡Ah!

— Probadme que es princesa, y os cumpliré mi pa-

labra; aducid las pruebas, y os repito que la pondré en libertad.

— Vuestra Majestad puede hacer ahora esa promesa sin temor, repuso el rey de Navarra con desprecio.

— Si presento esas pruebas antes de media noche, ¿cumpliréis vuestra palabra, señor? preguntó Crichton adelantándose.

Enrique III vaciló.

— No podeis retroceder, señor, murmuró el duque de Nevers.

— Primo mio, replicó el rey en voz baja, antes me separaría de mi corona que de Esclarimonda, para no ver triunfar á ese escocés del diablo.

— No triunfará de Catalina de Médicis, señor; yo cuidaré de eso.

— ¿Qué dice V. M.? preguntó el Bearnés.

— Ya he dado mi palabra, contestó Enrique.

— Eso basta, dijo Crichton retirándose.

En aquel momento acercóse el vizconde de Joyeuse y le dijo:

— Señor, hé aquí un despacho sellado de S. M. la reina madre.

— ¡Diablo! exclamó Enrique III, recorriendo el contenido de la misiva y dirigiéndose al duque de Nevers; hemos obrado con demasiada precipitación, pues Su Majestad la reina madre me aconseja que trate á mi hermano con las mayores consideraciones.

El duque se encogió de hombros.

— Pero no es eso todo, añadió el rey; me suplica que le devuelva su espada.

— ¿Y qué pensais hacer? preguntó el duque.

— Es posible que la historia de Esclarimonda sea cierta, y en este caso, ahora mas que nunca convendría obedecer las órdenes de mi madre.

— Bien pensado, señor; el primer paso, entonces, debe ser una reconciliación con el Bearnés.

— Eso no será difícil, dijo Enrique III; ya vereis qué bien lo arreglo.

Y aproximándose al rey de Navarra, exclamó con acento cariñoso:

— Acercaos, hermano mio; os he injuriado involuntariamente, y quiero daros una satisfacción.

— ¡Señor! dijo el Bearnés.

— Dadme vuestra mano, repuso el rey.

— Es la mano de un hereje, señor.

— No importa; es una mano leal, y quiero estrecharla, para que toda mi corte vea que reina entre nosotros la mejor armonía.

— ¡Viva el rey! gritaron los cortesanos.

— Habeis regalado vuestra espada al caballero Crichton, continuó Enrique III, y como no sería justo reclamársela, os ruego aceptéis la mia.

Así diciendo, Enrique presentó al rey de Navarra su espada, cuyo puño estaba enriquecido de diamantes, y añadió:

— Prometedme tan solo no emplearla contra ningun súbdito de Francia.

— La llevaré para vuestra defensa, señor, repuso el Bearnés; pero os ruego me digais á quién debo este cambio en vuestros sentimientos.

— A una persona de quien no merecis la intercesión, contestó Enrique con una sonrisa, á mi madre.

— ¡Justo Dios! exclamó el Bearnés; ¿á ella?

— Sí, y os ruego que me dispenseis por la manera indigna con que os he recibido. Yo repararé esta falta lo mejor posible.

— Concededme la vida de Cristian, y no hablemos mas de esto.

— En cuanto á eso, hermano, dijo Enrique, podeis dirigiros á mi madre, con quien al parecer estais bien. Yo no me atrevo á resolver sobre este punto.

Y volviéndose hácia el duque de Nevers, le dijo en voz baja:

— ¿Qué os parece, primo mio? ¿he desempeñado bien mi papel?

— Admirablemente, contestó el duque.

Por su parte, el Bearnés preguntaba á Rosny:

— ¿Qué te parece este cambio, amigo mio?

— No me gusta, contestó el baron; la amistad de ese Herodes es mas temible que su cólera.

XXIII.

EL MISAL.

Blount, que habia sido vigilado de cerca durante la conferencia de ambos monarcas, fué inmediatamente conducido con su fiel Druida á la presencia de Enrique III.

— Antes de enviar á este tunante al Chatelet, dijo el vizconde de Joyeuse dirigiéndose al rey, acaso convendría interrogarle acerca de su atrevida acción, pues me ocurre la idea de que tal vez sea portador de algun mensaje para el Bearnés.

— Trataremos de hacerlo, contestó el rey, pero me parece que no adelantaremos nada. El semblante de ese hombre revela la mayor resolución, y estoy seguro que antes consentirá en morir que en ser traidor.

Y así fué en efecto. Blount no quiso contestar sino con bruscos monosílabos á las preguntas del monarca.

— Llevadle al Gran Chatelet, dijo Enrique III con acento irritado, y que se le someta al tormento ordinario y extraordinario.

— No me arrancarán ni una sola palabra, repuso con firmeza el inglés.

— Ya lo veis, querido, dijo Enrique III volviéndose hácia su favorito.

— Yo hallaré el medio de arrancarle su secreto, replicó el vizconde; ya sé cuál es su parte vulnerable.

Y murmuró algunas palabras al oído del rey.

— Tienes razón, contestó Enrique III; pero no llegues al último extremo.

— Perded cuidado, repuso el vizconde.

Y dirigiéndose al hombre de armas que guardaba á Druida, le dijo:

— Saca tu espada, y á cada pregunta que no quiera contestar ese traidor, córtale un miembro á su perro.

El arma del soldado brilló en el aire.

— ¡Mil rayos! gritó Blount con una voz que resonó como el rugido de un león, y haciendo un esfuerzo que rompió sus ligaduras; ¿qué queréis de mí?

— Que contestes sin rebozo á las preguntas de Su Majestad, dijo Crichton adelantándose hácia Blount.

— Bien, entonces, exclamó el inglés, y para evitar á mi perro tormentos inútiles, haré lo que no hubiera hecho por medio del mas horrible martirio. Preguntad.

— ¿Qué es lo que te trae aquí, bergante? preguntó Enrique III. ¿No sabias que ibas á pagar cara tu audacia?

— Sí, contestó el inglés; pero el deseo de servir á un amigo me ha hecho arrostrarlo todo.

— ¿Qué amigo, tunante?

— Acaso hago mal en llamarle así, pero puesto que voy á morir, el caballero Crichton me permitirá que le dé este título.

— ¡Crichton! replicó Enrique III en el colmo del asombro; ¡pardiez! la influencia de ese hombre sobre sus compañeros raya en lo maravilloso.

— Mi objeto, contestó Blount con indiferencia, era decir al caballero Crichton que se habia perdido cierto paquete adquirido antes á costa de inmensos peligros.

— ¿Y eso es todo? preguntó Enrique.

— Lo único que puedo añadir, repuso el inglés, es que el tal paquete ha sido fatal para todos: al primero que lo cogió le valió una puñalada, al segundo la hoguera, y á mí el hacha. ¡Quiera el cielo que caiga alguna calamidad sobre el que lo tiene ahora!

— Su Majestad podrá preguntarle si sabe lo que contenía el paquete, dijo Crichton.

— Nada de eso, contestó Enrique con aire severo; ya veo que esto es una intriga, y un traidor el hombre que tengo delante.

— ¡Hola! Larchant, añadió dirigiéndose á uno de los oficiales de su escolta, conducid al prisionero al Chatelet, y arrojadle en un calabozo para que allí le visite el verdugo.

— Vuestra misericordia es infinita, señor, replicó Blount con sarcasmo.

— Deteneos un momento, gritó Crichton.

Y acercándose al inglés, le dijo en voz baja:

— ¿Dónde está el misal que te he confiado?

— Aquí le tengo, junto á mi corazón, donde permanecerá hasta mi último aliento.

— ¡Dios sea loado! exclamó Crichton; de todos modos no hubiera permitido que te hiciesen daño alguno, pero ahora estamos seguros. Entrega ese libro al rey.

Alejóse entonces Crichton, y Blount sacó de entre su ropilla un pequeño volumen ricamente encuadernado.

— Señor, dijo, dirigiéndose á Enrique III, este libro que me ha sido confiado por el caballero Crichton se cayó del paquete de que acabo de hablaros. Segun veis, es un misal forrado en vitela, y tiene un escudo real con las lises de Francia y las letras C. H.

— ¡Pardiez! es el misal de mi padre, exclamó Enrique III; hé ahí su cifra y la de mi madre. Dadme ese libro, Du Halde.

— Su Majestad no debe tocarle, dijo el duque de Nevers palideciendo; puede estar envenenado.

— Yo lo abriré, señor, dijo Crichton.

— No tengo temor alguno de abrirlo, repuso el rey, pues en estas páginas debe estar la salud y no el veneno. ¡Ah, Dios mio! exclamó al fijar la vista en una de las hojas, donde habia trazados algunos caracteres misteriosos, ¿habré caído acaso en un nido de serpientes?

— ¿Qué habeis descubierto, señor? preguntó Joyeuse.

— ¡Una conspiración! gritó Enrique III; una conspiración contra mi corona; contra mi vida!

Durante un momento hubo la mayor consternación entre los asistentes, y todos se dirigieron miradas sospechosas; Crichton y el rey de Navarra se lanzaron á hurtadillas una mirada de inteligencia.

— ¿Y quién ha urdido esa conspiración? preguntó el duque de Nevers con voz temblorosa.

— ¿Quién pensais que sea el autor, señor duque?... ¿Quién? gritó el rey.

— ¿El duque de Guisa?

— ¡Os engañais!... ¡el autor es el duque de Anjou, el hijo de mi padre!

Al oír estas palabras reinó un profundo silencio que nadie se atrevió á interrumpir, excepto el Bearnés, que tosió ligeramente para ocultar su satisfacción.

— Sospechaba hace mucho tiempo, dijo Enrique despues de una pausa, que mi hermano era un traidor, pero ahora tengo las pruebas de su culpabilidad.

— ¿Habeis encontrado alguna carta? preguntó con ansiedad el duque de Nevers.

— ¡Sí, primo mio, contestó el rey en voz baja, es una carta; una carta de Anjou á mi madre, una carta de traición y de sangre, trazada en estas sagradas páginas; una carta inspirada por el demonio y escrita sobre la palabra de Dios!

— Eso es falso, señor; el duque de Anjou es incapaz

de semejante traición, de crimen tan monstruoso, y yo respondo de su inocencia con mi cabeza.

— ¿Y responderéis de vos mismo, señor mio? preguntó Enrique con acento glacial; me parece que no será fácil. Sabed, añadió en voz baja, que los caracteres con que está escrita esta carta, revelan al autor, pues son los mismos que mi madre, yo y ese traidor empleáramos en otro tiempo para nuestra correspondencia de Polonia, cuando Catalina hacia traición al difunto Carlos, como ahora me la hace á mí. Esta escritura, tan incomprensible para vos como un geroglífico egipcio, es para mí tan inteligible como el billete de una querida. ¡Y ved!... falta una hoja: aquí estaba la carta de mi madre; aquí está la contestación de Anjou. Estoy vendiendo por dos partes.

— ¡Señor!

— Anjou es culpable del crimen de lesa majestad, y recibirá la muerte de los traidores, así como todos aquellos que hayan favorecido esta conspiración horrible.

Aunque tuviera que inundar el Louvre con la sangre mas noble de Francia, yo aseguro que el verdugo no descansará un momento hasta haber cortado la cabeza de la hidra de la rebelión. Habeis salido garante de Anjou con vuestra cabeza, cuidado no reclame la garantía.

— Vuestras sospechas no pueden recaer en mí, señor, balbuceó el duque; yo siempre he sido vuestro mas leal partidario.

— ¡Mis sospechas! repitió el rey con acento irónico. ¡Ira de Dios! yo no sospecho, sino que estoy seguro de vuestra traición.

— ¡Maldición! ¡á mí decirme eso, señor!

— Tened calma, primo mio; pronunciad otra exclamación semejante, y os mando encerrar en la Bastilla.

— Vuestras amenazas no me intimidan, señor, contestó el duque que habia recobrado su serenidad, pues estoy seguro de mi inocencia. El nombre de Gonzaga no se ha unido nunca al de ningun traidor, y si yo descubriera alguna conspiración contra V. M., la denunciaria inmediatamente, aun cuando fuese el autor mi propio hijo.

— ¡Judas! murmuró el rey entre dientes; el complot está mejor organizado de lo que yo creia, y debo proceder con la mayor cautela.

Y añadió en voz alta:

— ¡Vive Dios! primo mio, que estoy tentado á creer que mis sospechas son injustas, y que os he injuriado gravemente, pero en este caso debeis dispensarme; sobre todo si teneis en cuenta que estoy rodeado de rebeldes, que mis mejores amigos me venden, que tengo hermanos traidores, y que la mano misma que en otro tiempo me acariciaba, me amenaza ahora con el puñal ó con el veneno.

— Mis servicios, aunque recompensados, contestó el duque, debian ponerme á cubierto de una sospecha y de una injuria; pero de todos modos, me hallo dispuesto á olvidar la afrenta.

— Y hareis bien, primo mio. No necesito recordaros que no es esta la primera vez que sorprendo los proyectos traidores de Anjou, y respecto á Catalina, que con tanto afán velaba en otro tiempo por mi seguridad, ella es ahora mi principal enemiga, mi mas terrible adversario.

— Señor, vuestro resentimiento os lleva demasiado lejos: Catalina de Médicis es aun vuestra madre, y á ella debeis la corona.

— ¡Pardiez, ya lo creo! á ella se la debo; pero tambien podría deberle mi abdicación y destronamiento. Yo soy rey en el nombre; ella lo es de hecho. ¿Quién, sino Catalina, dirige los negocios del Estado y maneja las riendas del gobierno? Yo la debo mi corona, ella me debe mucho mas, y ya me voy cansando de ser su juguete. Al comprender que el brazo que antes me defendía, me es ahora hostil, despierto de mi letargo, y desenterrando del corazón toda clase de afecciones, me preparo á la venganza, que ha de aniquilar á mis agresores.

— Calmaos, señor.

(Se continuará.)

Guerra del Paraguay.

Los sucesos no marchan de prisa en la Plata. Acampados delante de Curupaiti, los aliados sufren pérdidas crueles por causa de las enfermedades pestíferas que se han desarrollado en aquellas regiones; el tiempo se pasa en reconocimientos infructuosos, y el Brasil cambia sus generales, sin que esto haga mas rápidas las operaciones.

Entre tanto en la república Argentina ha estallado una revolución que gana terreno cada dia, y los pueblos empeñados en la guerra reclaman una pronta solución que seria de desear viniera cuanto antes.

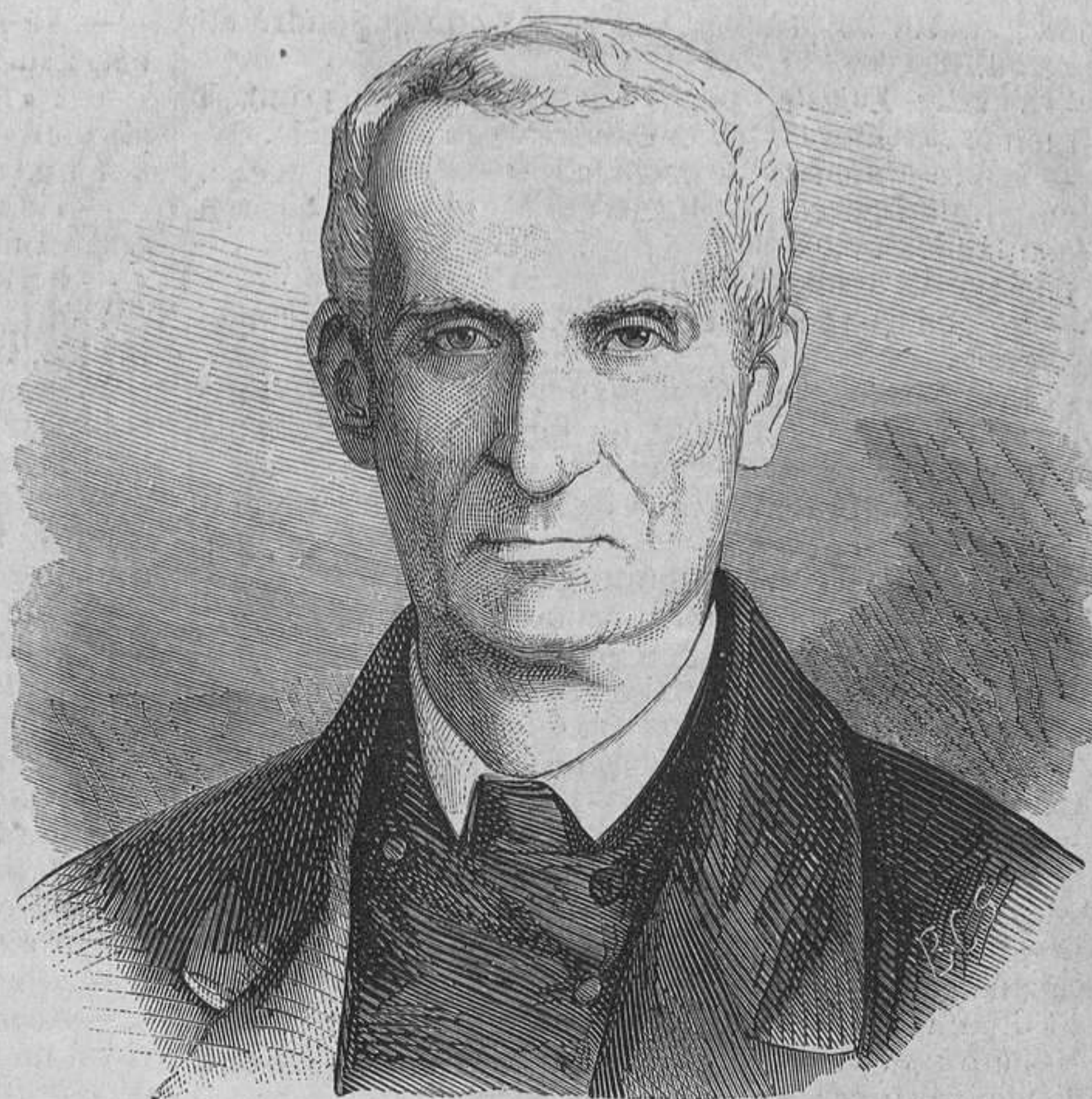
Nuestro corresponsal de la Asunción nos ha enviado varios retratos que publicamos con las siguientes notas extractadas de nuestras noticias particulares:

El brigadier general don Vicente Barrios, ministro de Guerra y Marina del Paraguay, sentó plaza como simple soldado en 1845, á la edad de diez y ocho años. En la campaña que hizo en Corrientes en 1846 contra Rosas, á las órdenes del general Lopez, con el grado de subteniente, ganó sucesivamente todos los grados superiores hasta sargento mayor. Poco despues de terminada la campaña, Barrios fué promovido al rango de teniente coronel. Con este rango acompañó al general Lopez en su misión á Europa. A su regreso al Paraguay,



GUERRA DEL PARAGUAY.
El general Barrios, ministro de Guerra y Marina del Paraguay.

Barrios ascendió á coronel, y mas tarde se le confió el mando en jefe del departamento militar de la capital, en cuyo puesto lo encontraron las complicaciones que han sido la causa inmediata de la guerra actual. Al iniciarse las hostilidades, el coronel Barrios fué nombrado comandante en jefe de la columna destinada á invadir la provincia brasileña de Matto-Grosso. El 31 de diciembre de 1865, tomó la fortaleza de Coimbra, llave de dicha provincia, y en seguida todos los otros puntos militares importantes de ella, y regresó á la Asunción, dejando aseguradas sus conquistas por guarniciones respetables, que son dueñas absolutas de los puntos ocupados, que se encuentran en su totalidad dentro de la zona reivindicada por el Para-



Don Francisco Sanchez,
ministro de Estado, vicepresidente de la república Argentina.

guay. La porcion de Matto-Grosso reivindicada por el Paraguay habia sido usurpada á la España por el Portugal, al favor de las complicaciones en que aquella se encontraba envuelta en Europa. Esta vez el coronel Barrios fué hecho general y nombrado ministro de Guerra y Marina, sin que esto le haya impedido salir á campaña y tomar parte activa en la guerra. En la batalla del Estero Bellaco del 24 de mayo de 1866, que dió por resultado el abandono por parte de los aliados de su papel ofensivo de invasor, para buscar su salvacion en trincheras y fosos, el general Barrios, á la cabeza de su division, fué una de las figuras mas espectaculares de esa jornada, en que la América del Sur vió por primera vez 12,000 hombres fuera de combate en una sola accion.

Exceptuando su viaje de dos años á Europa con el general Lopez, Barrios ha estado en servicio activo desde el dia que sentara plaza.

Estricto, pero bondadoso con sus soldados, es querido y posee la confianza de estos. De arrogante figura, es afable con sus camaradas y amigos, y buen esposo y buen padre.

Don Francisco Sanchez, presidente del consejo de ministros, y actualmente vicepresidente en actividad con motivo de la ausencia del presidente de la capital, de setenta y cinco años de edad, es el decano de la jurisprudencia del Paraguay, y es un hombre íntegro y en extremo afable, sobrio y aun austero en sus hábitos. Ocupó sucesivamente, bajo la administra-



Don M. A. Palacios, obispo del Paraguay.

cion del finado presidente Lopez, los primeros puestos de la magistratura de su pais antes de entrar en el gabinete, donde empezó sirviendo la cartera de relaciones exteriores. En el señor Sanchez tiene el Paraguay su mejor historia viva de los últimos años de la dominacion española y de los primeros de su emancipacion. Sus amigos esperan que sus deberes oficiales le dejarán el tiempo necesario para legar á su patria apuntes sobre dichas dos épocas de su historia.

Don Manuel Antonio Palacios, obispo del Paraguay, de unos cuarenta años de edad, se ordenó de presbítero entre los primeros que hoy forman lo que puede llamarse «nuevo clero del Paraguay.» Por mas de veinte años el Paraguay no habia visto ordenarse un solo clérigo, por la larga enfermedad y muerte del obispo que tenia á la época de la emancipacion. La administracion del finado presidente Lopez obtuvo al fin con mucha constancia que el papa Gregorio XVI diera á la república obispos paraguayos, y dió de este modo principio á la reorganizacion del «nuevo clero paraguayo» de que don Manuel Antonio Palacios es uno de los miembros mas antiguos, y jefe hoy dia por muerte del segundo diocesano paraguayo don Juan Gregorio Urbieta, acaecida hace dos años.

Buen ciudadano, excelente amigo, inteligente é instruido, piadoso pastor y austero ministro de la Iglesia católica, es altamente venerado. X.

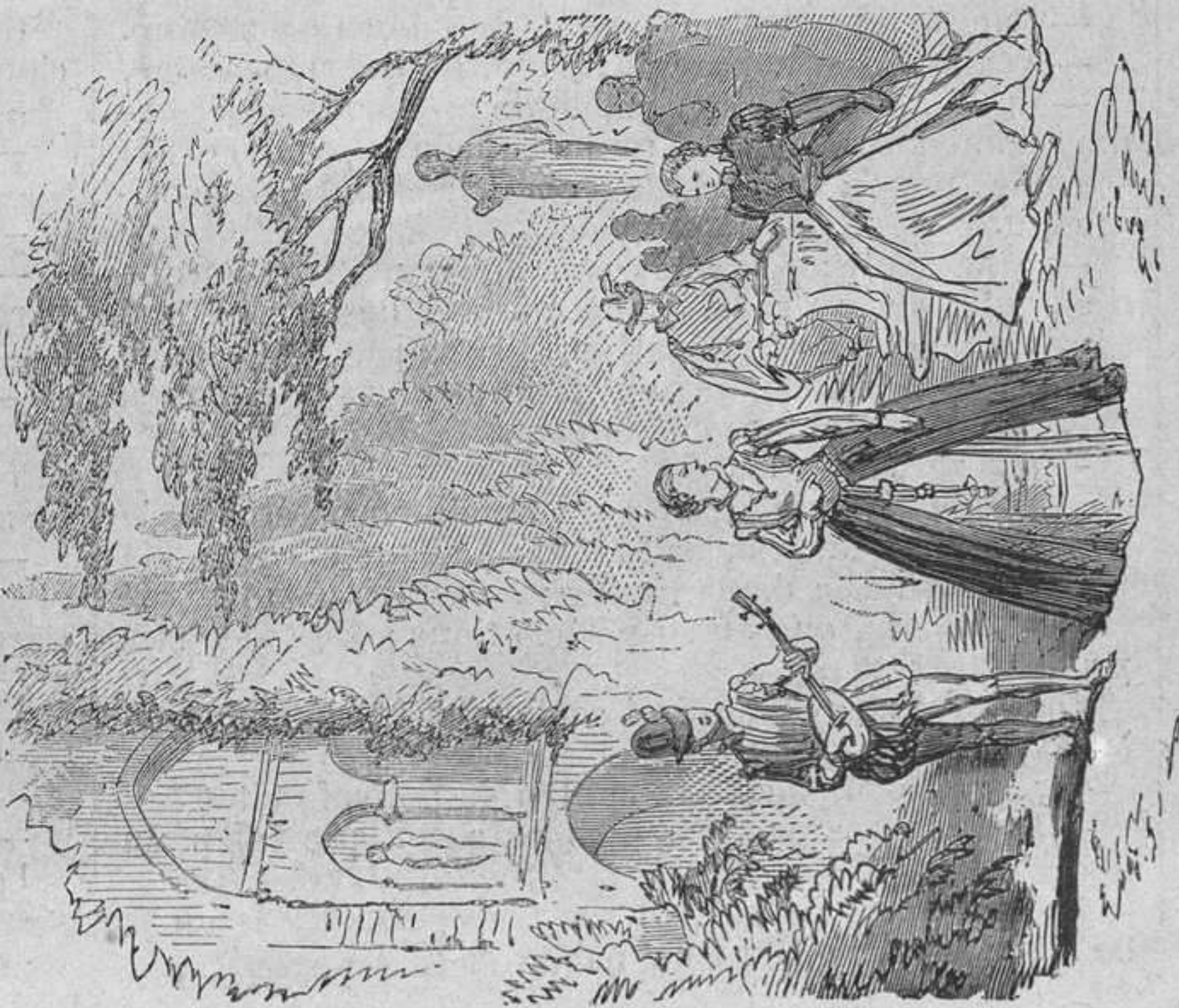


Visita del domingo al hospital militar de la Asuncion.

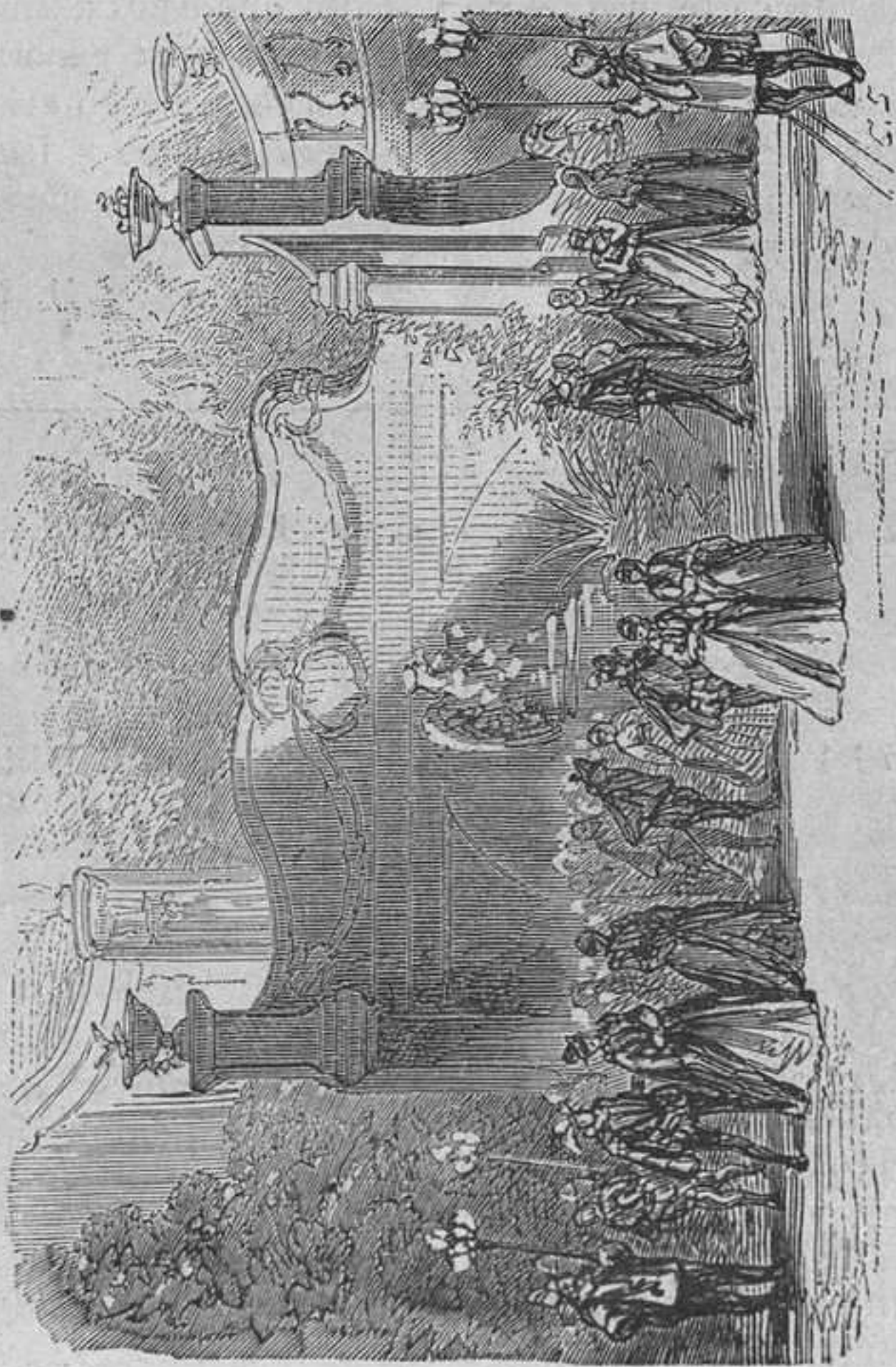
ACADEMIA IMPERIAL DE MUSICA. — Primera representación de DON CARLOS, ópera en cinco actos, de Verdi.



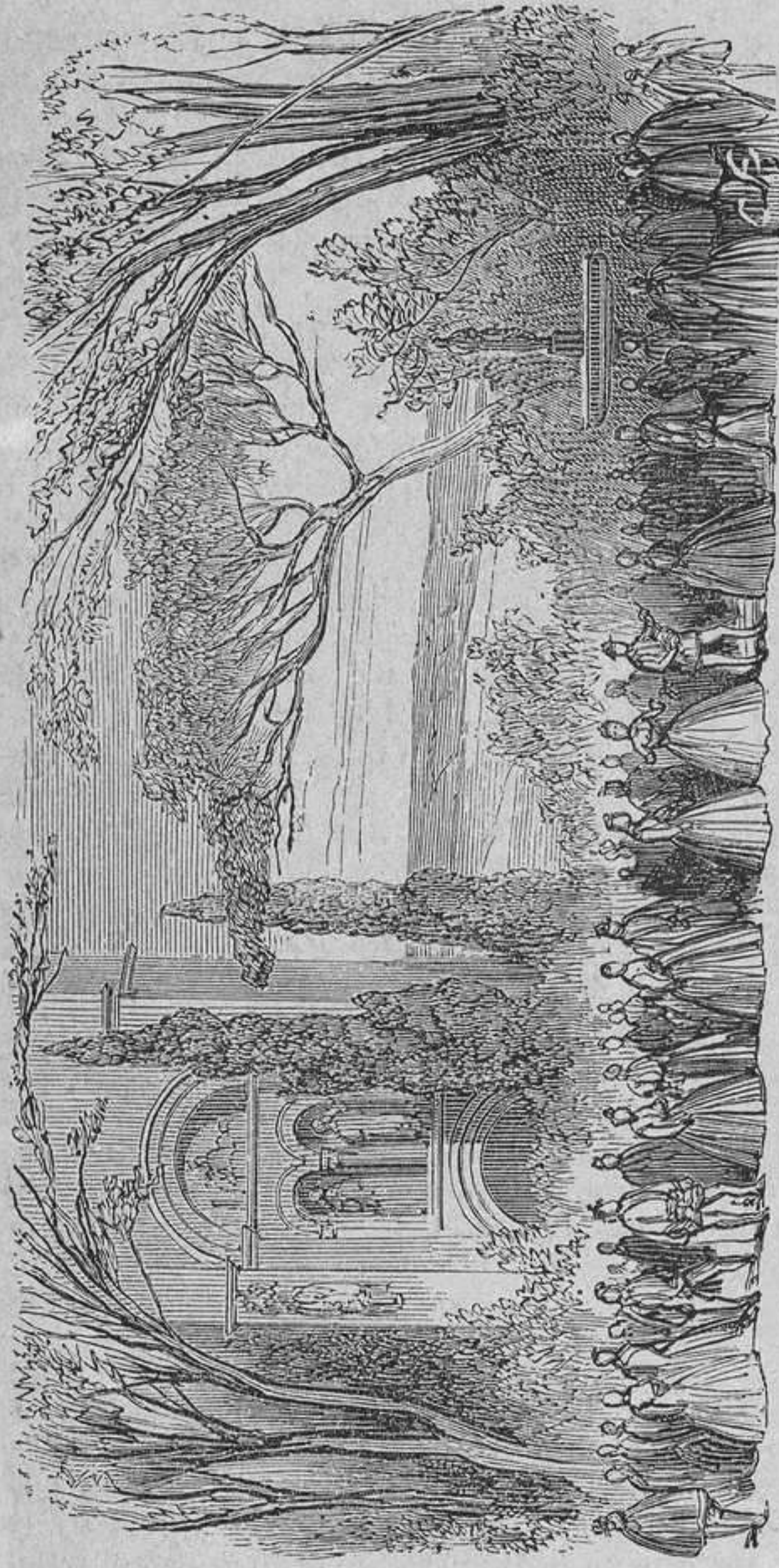
Acto I, escena V. — El bosque de Fontainebleau.



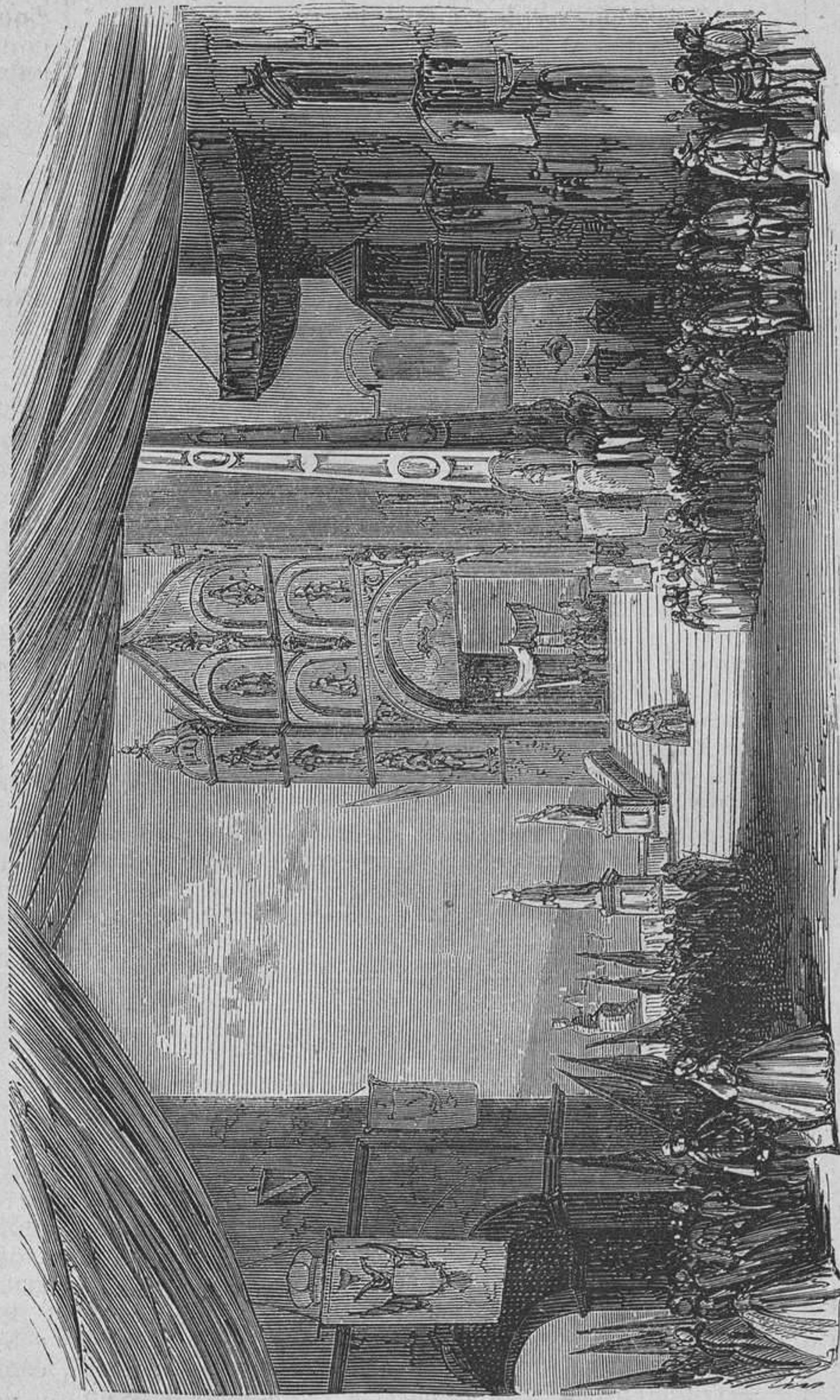
Acto II, 2º cuadro, escena III. — El bandolin.



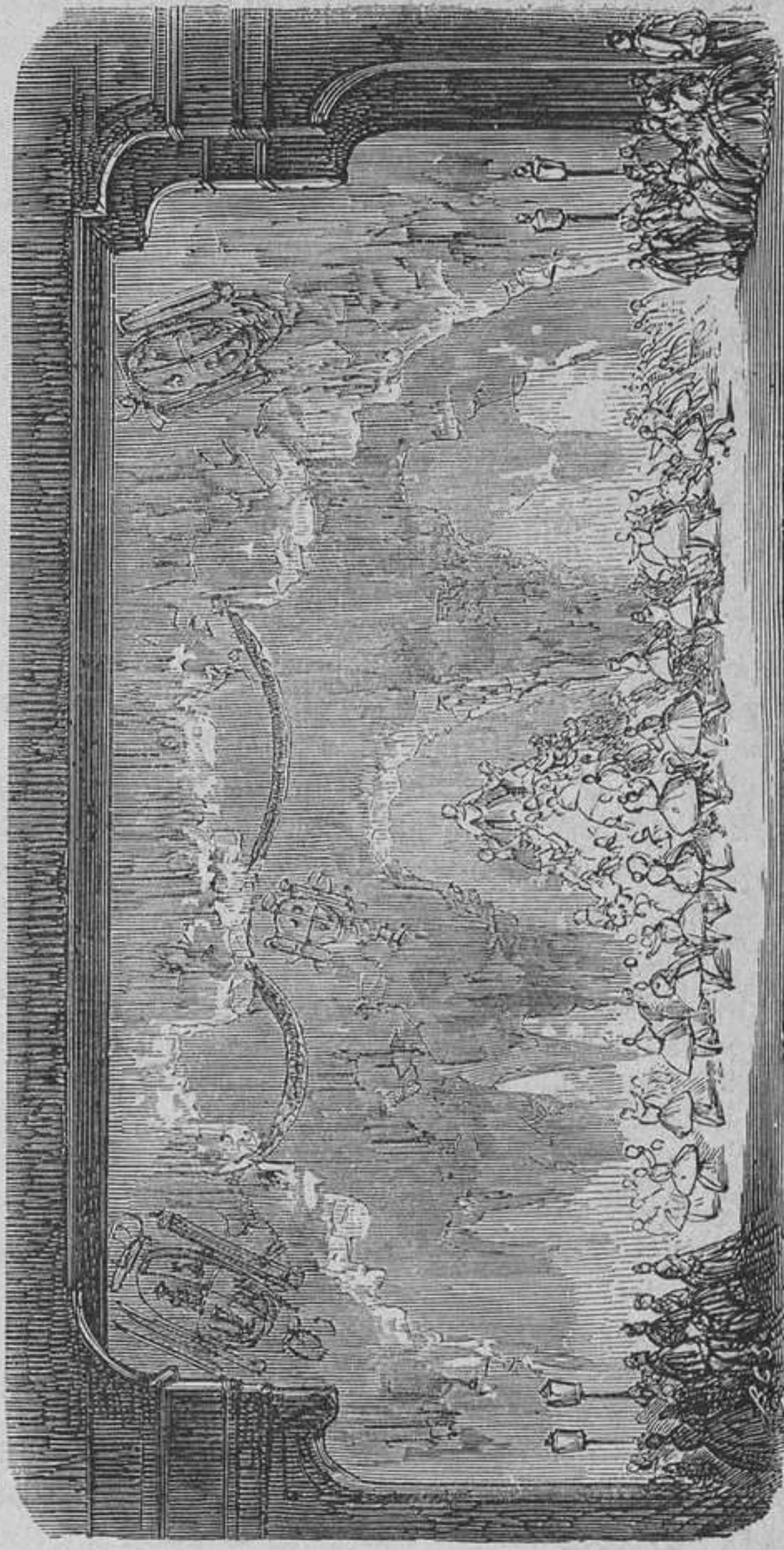
Acto III, 1º cuadro, escena I. — Las máscaras.



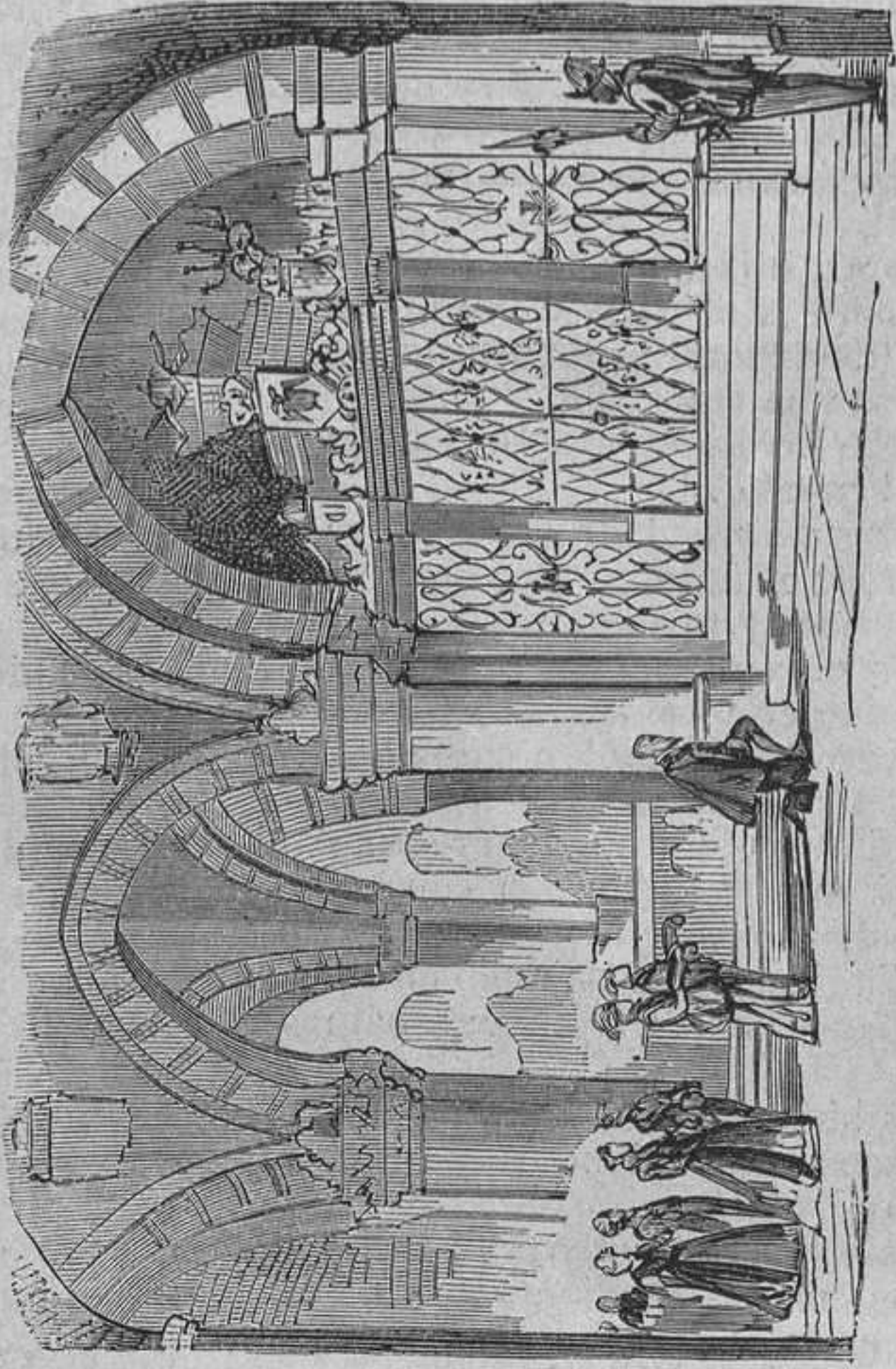
Acto II, 2º cuadro, escena III. — El mensaje.



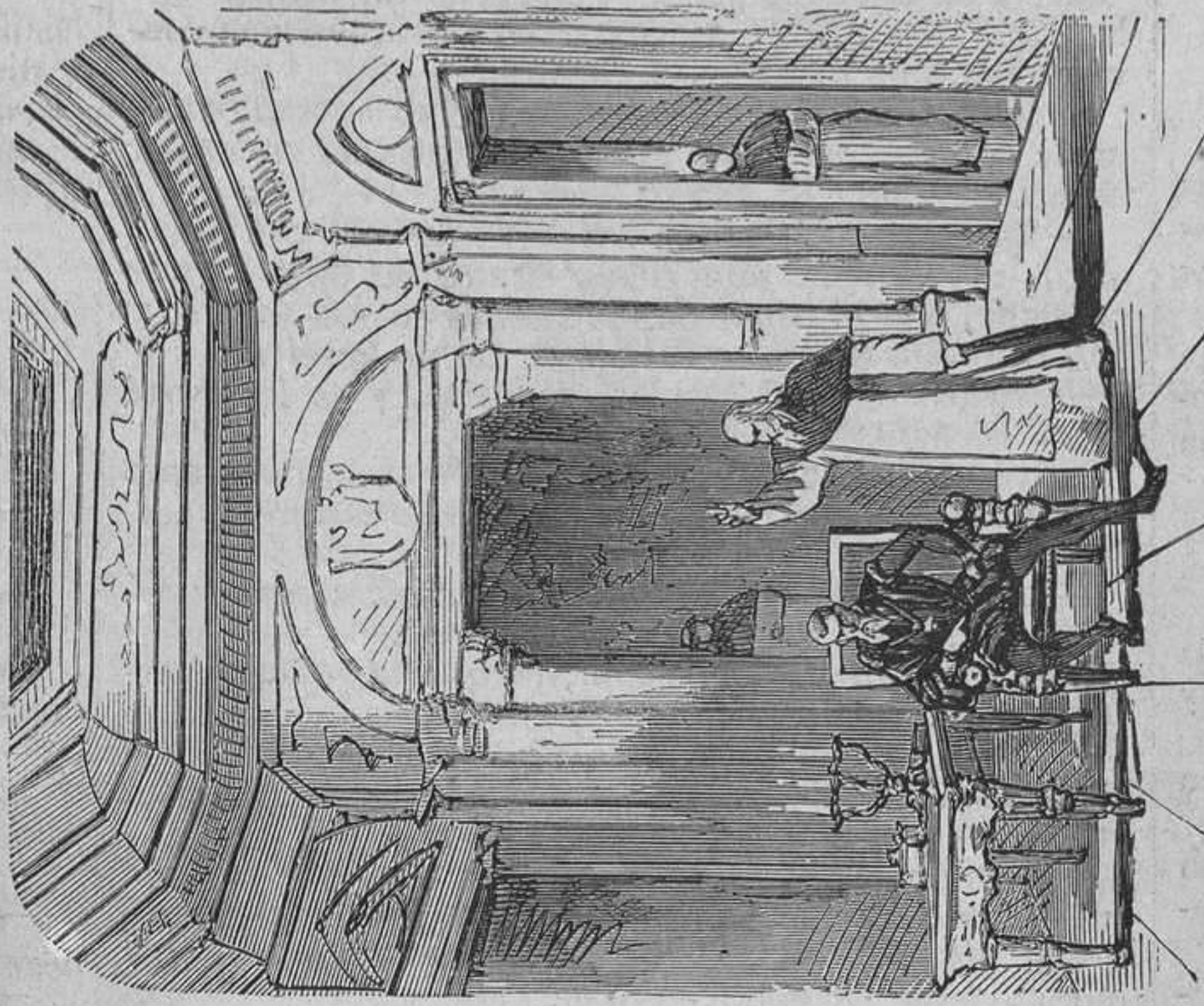
Acto III, 4º cuadro, escena IV. — Los diputados flamencos.



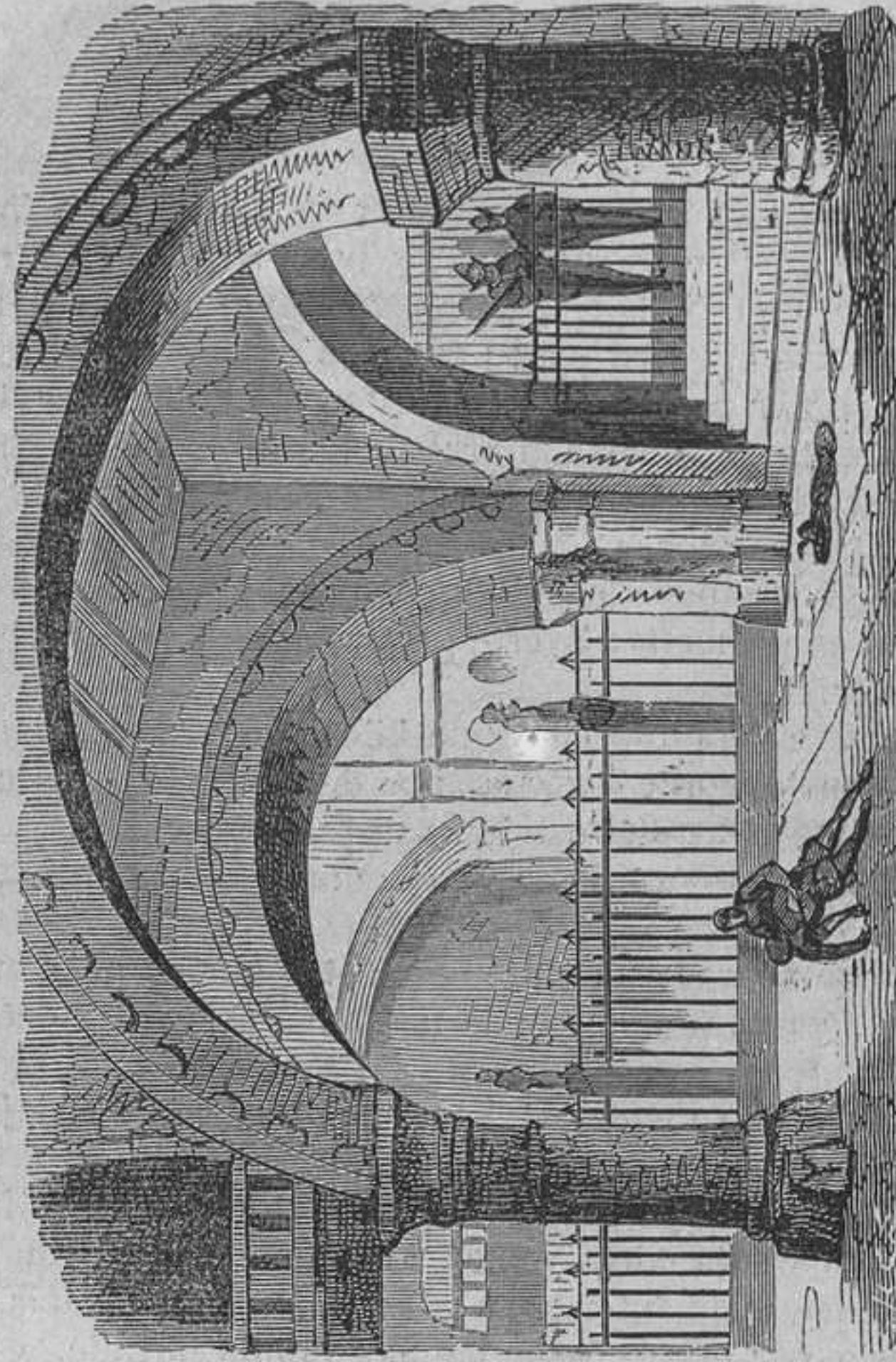
Acto III, 2º cuadro. — El baile de la Reine.



Acto II, 1º cuadro, escena III. — Felipe de rodillas.



Acto IV, 1º cuadro, escena II. — El inquisidor.



Acto IV, 2º cuadro, escena I. — Muerte de Fosa.

Revista de la moda.

Estamos en una de las épocas del año en que las modas de hombres se trasforman; y bajo este concepto, hemos agrupado en el figurin correspondiente á este número los trajes mas diversos y mas en boga.

El primer personaje, que representa un hombre de treinta á cuarenta años, viste un traje elegante, cubierto con un sobretodo de entretiempo, prenda indispensable en la estacion que atravesamos.

Este sobretodo tiene tres costuras. El género de que está hecho es un *motton* ligero, gris, con un forro de seda en el interior.

Sobre el delantero hay una hilera de botones, y la prenda cae exactamente derecha. Por detrás indica las curvas y sin estrechar, este vestido se pega al cuerpo.

Pantalón oscuro de rayas, de una anchura ordinaria y sin trabillas.

Luego aparece un traje completo, que se pide mucho en el día, ya para salir por la mañana, ya para montar á caballo.

Mas tarde se convertirá tambien en traje de viaje y tambien de sport.

En primer lugar, llamaremos la atención sobre la jaqueta, que cortada corta y poco ancha, va cerrada con el boton de arriba solamente, para abrirse en escape hácia abajo.

Vista por detrás, esta jaqueta dibuja el talle, y no ofrece mas que un largo regular, de dos á tres centímetros mas que el frac ajustado. Sin embargo, la espalda, principalmente, es bastante ancha por abajo.

El cuellicito es angosto y ajustado á la escotadura, de modo que deja ver en derredor el cuello postizo.

Chaleco derecho, sin cuello, cerrado casi hasta la corbata. Pantalón cortado angosto de piernas y derecho, suelto por abajo.

Sigue un traje de medio vestir, que se compone de una levitita de paño negro casi ajustada por todas partes y con carteras en las caderas, sin bolsillos.

Cortada muy corta y justa en anchura, esta levita no va cerrada sino con el segundo boton de arriba sobre un cruzado pequeño, para dejar ver el chaleco.

Las solapas tienen una aberturita cuadrada; el cuello es bajo; las mangas de una anchura mediana.

Chaleco de valencias gris, con rayas, de chal cuadrado. Pantalón de entretiempo, rayado, gris, y bastante estrecho.

Hé aquí ahora el traje del *gandin* por excelencia, que cierra la marcha de nuestra coleccion de modelos.

La pieza principal es el *chaqueton cruzado*, del que hemos dado las primeras noticias y los primeros modelos.

Sabido es que este chaqueton cruzado no es otra cosa que un pequeño paletó-saco, bien corto, con un cruzado cuadrado sobre el delantero. Tal es, al menos, el corte que se habia usado hasta hoy.

Pero en la actualidad el chaqueton cruzado debe seguir la moda de las demás prendas, que en general tienden á ser mas ajustadas.

Así es, que con los modelos del año último encontraremos una diferencia en el conjunto, cuyo efecto principal se nota bajo los brazos y en medio de la espalda, que se cimbra ligeramente hasta que la prenda se ajuste sin estrechar.

Las solapas continúan siendo bastante anchas, y el cuello bajo y suelto.

El chaleco se lleva de chal, con preferencia. El chal acompaña mejor á las solapas del vestido, y hacen mejor el cuello postizo y la corbata.

Generalmente se llevan bastante largos por abajo.

Pantalón semi-ajustado, de rayas, que cae naturalmente sobre el pié.

En resumen, y detallando pieza por pieza cada uno de los trajes que se ofrecen para los primeros días de la primavera, se observa una tendencia bien pronunciada en favor de un corte mas ligero y suelto que estos últimos años. Pero es de temer que caigamos, como sucede generalmente, en el exceso contrario, y que habiendo hecho grandes esfuerzos para abandonar los vestidos anchos y feos, no se lleguen á producir otros mas feos aun, en la clase de las prendas ajustadas.

M. P.

La Marquesa de Pinares.

NOVELA ORIGINAL

DE LA SEÑORA DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

XXVII.

CONTESTACION.

Algunas horas despues de la partida de la marquesa de Pinares, hallábanse reunidos en un salón del palacio, el conde, su hijo Arturo, el pintor don Constantino Lopez, y Ruderico, que apoyaba una mano en el respaldo del asiento que su amo ocupaba, colocado delante de una mesa de escritorio.

Cerca de la chimenea, y sentadas en un diván, estaban Edelmira y doña Aurora, entretenidas en una conversacion, al parecer insignificante.

Pereival habia sido encerrado en un aposento bastante seguro, del cual no hubiera podido escaparse aunque tal hubiera sido su idea.

— Ruderico, dame una herramienta con que poder abrir este estuche, pues deseo vivamente saber lo que contiene, dijo el conde dando vueltas en sus manos al cofrecito que Edelmira recibió de las de Pereival.

— No os molesteis, señor, dádmele, y yo le abriré con las tenazas de la chimenea.

— Tómale; la astuta Flora le tenia preparado para llevarsele y debe guardar sin duda objetos muy importantes.

— Y que acaso nos interesen á nosotros mas que á ella; añadió Arturo.

— Bien puede ser, hijo mio, porque la infame conserva todas las alhajas y papeles de tu madre.

— Aquí está ya; exclamó Ruderico presentándole abierto; he tenido que romperle, pues la cerradura es tan fuerte que no cede á tres tirones.

— No importa.

— ¡Qué magníficos brillantes! dijo el pintor, deslumbrado por las luces que despedia una hermosa cruz que el conde sacó del cofrecito.

— Este fué uno de los regalos que hice á mi esposa cuando novios; ¡gracias á Dios que vuelve á mi poder!

— ¿Y este hermoso collar, padre mio?

— También de tu madre.

— ¿Veis cómo recobrais todo lo que os pertenece? exclamó don Constantino.

— La justicia de Dios es infalible, y no podia menos de suceder así.

Sucesivamente fueron apareciendo cosas de mucho valor; cuando le tocó el turno á los papeles, la alegría del conde fué inmensa, porque halló entre ellos las Memorias de su esposa, muchas cartas interesantes, y otros que probaban de una manera evidente, los crímenes y las infamias de Flora.

También estaban las tres notas que dejamos copiadas en el capítulo anterior. Las cuales incluyó el conde en una carta que tenia escrita, en la que añadió estas líneas:

« Todos los objetos del cofrecito obran en mi poder; las tres notas adjuntas os las devuelvo por si os fueran necesarias.»

Aquella carta dirigida á Flora en contestacion á la suya, estaba concebida en estos términos:

« Señora mia: Como no estoy en ánimo de complaceros accediendo á la tregua de ocho días que me demandais, ni tampoco á lo del pacífico arreglo, os preyo que antes de una hora, serán embargados por la justicia, todos los bienes que me pertenecen como tutor de mis hijos, y que tan infamemente habeis usurpado á mi desgraciada esposa.

« Os remito una carta de vuestro hijo, por si quereis salvarle de la prision donde vos misma le habeis conducido; su libertad nada debe ya importaros, puesto que Edelmira se encuentra segura y tranquila al lado de su legitimo padre, y no teme el puñal de vuestros asesinos, ni las asechanzas y seducciones de vuestro digno hijo.

« No pretendais huir, porque se os vigila.

» EL CONDE DE CINCAR. »

— Ahora, mi fiel Ruderico, vas á encargarte de llevar esta poco agradable epístola á la baronesa.

— Al momento; con eso veré lo que ocurre por allá.

— Toma, y no tardes.

El criado partió inmediatamente.

— ¿Y no pensais cumplir vuestra palabra, padre mio? dijo Arturo al conde.

— ¿Cuál?

— La que disteis hace poco á Pereival de salvar á su hijo Carlos.

— Sí, la cumpliré; yo no falto nunca á mis ofertas.

— Como en esa carta le decis á Flora el peligro en que se halla ese desdichado, al que, sin embargo de todo profeso cierto cariño.

— ¿Y no has penetrado mi intencion al hacerlo así?

— Os confieso que soy un poco torpe.

— Pues á mí no se me oculta, dijo don Constantino.

— Veamos si lo habeis adivinado, mi querido amigo.

— Creo habrá sido con objeto de probar, si en el endurecido corazón de esa mujer queda alguna cuerda sensible, por la que pueda conducirsela al arrepentimiento.

— Justamente; y además con doble motivo, porque si su amor de madre se exalta, gastará hasta el último céntimo que posea por salvar á su hijo, y quedando miserable, se verá reducida á la impotencia, viniendo á tierra todos sus planes de venganza.

— ¡Es verdad!

— También es un lazo que la tiendo por si escapa de los agentes de la autoridad que la persiguen.

— Nada tendria de particular; su astucia es mucha.

— Y además, que en su palacio tiene salidas secretas por donde salvarse.

Edelmira, acercándose al conde y acariciándole con la mayor ternura, exclamó:

— ¿Os ha complacido el contenido del cofrecito?

— Sí hija; guarda recuerdos para mí que valen un tesoro.

— Cuánto me alegro haberos proporcionado la dicha de poseerlos.

— También hay joyas que pertenecieron á tu desgraciada madre, y que voy á regalarte en su nombre.

El conde, al decir esto, puso en el cuello de su hija el collar, y le entregó las demás alhajas.

Algunas lágrimas se deslizaron por las mejillas de la jóven.

— ¡Lloras, hija mia?

— Sí, pero es de alegría porque me veo libre de tiranos y al fin encuentra mi corazón la dulce ternura por que siempre ha suspirado.

— ¡Pobre Edelmira, cuánto habrás sufrido!...

— ¡Ay! mucho.

— Ya eres feliz al lado de tu padre y de tu hermano.

— ¡Ah! sí; el bálsamo de vuestro cariño cicatriza mis heridas y mis dolores.

Arturo y el conde tenían cogidas las manos de la niña imprimiendo en ellas apasionados y fraternales ósculos.

Doña Aurora y el pintor contemplaban enternecidos aquel patético cuadro.

— ¿Y dime, Edelmira, la preguntó el conde, te entregarás á nuestro amor sin conservar en tu pecho el recuerdo de otro afecto?

— ¡Callad! exclamó bajando los ojos ruborizada.

— Háblanos con franqueza; sepamos el estado de tu corazón.

— Pues bien; aunque me avergüenzo de confesarlo, y reconozco cuán indigno es ese hombre de mi amor, no puedo olvidarle.

— ¡Desdichada! te creo; era tu primera ilusión.

— Y me encontré sedienta de cariño, ávida de emociones, y en la cruel necesidad de encontrar un brazo donde apoyarme y un corazón que me protegiese y me amase.

La conversacion quedó cortada, porque Ruderico llegó en aquel momento bastante agitado.

— ¿Qué hay? le preguntaron.

— Nada bueno; todos los muebles y efectos del palacio de la baronesa se están vendiendo públicamente.

— ¿Qué decis?

— La verdad, señor; esa mujer infernal se ha anticipado á recoger dinero, y lo ha conseguido, porque lo que allí queda son cosas de poco valor.

— ¿Y la entregaste la carta?

— Salió una vieja feísima, con una horrible nariz de papagayo, y me dijo que la señora baronesa ha partido esta mañana á las nueve y media. Creyendo me la negarían la di la carta, diciéndola que era urgentísima, y que tuviese la bondad de hacerla llegar á sus manos inmediatamente.

— Pues no hay tiempo que perder; quedaos aquí con Edelmira, mi querido don Constantino y tú, Arturo; yo voy con Ruderico á presenciar el embargo.

— No vayais solo, padre mio; permitid que os acompañemos; Edelmira está segura en este palacio.

— Nada temas por mí; estoy tranquilo, porque el león tiene cortadas las garras.

— Es demasiado noble el león para compararle con esa hiena, observó Edelmira.

— Tienes razon, hermana, dijo Arturo; digamos mas bien que á la víbora se le han arrancado los dientes.

El conde se empeñó en partir solo con Ruderico; como buen padre temia mas por sus hijos que por su propia vida.

XXVIII.

LOS CÓMPlices.

La contestacion que la Corneja dio á Ruderico era cierta; Flora partió con Ataulfo siguiendo el coche de la marquesa de Pinares: esto la salvó de caer en poder de la justicia, y de que los bandidos que llevaba escoltándola, y los que se habian anticipado para cometer el crimen, se enterasen del mal estado de sus negocios.

Inmediatamente que la Corneja recibió la carta del conde, la abrió con mucha habilidad, enterándose de su contenido y volviendo á cerrarla.

— ¡Hola! murmuró la taimada; conque la princesita está perdida, confiscados sus bienes, detenidas las rentas que la han sostenido hasta hoy, y perseguida por la justicia? Muy bien; por nuestra fortuna, el aviso llegó á tiempo; sálvese quien pueda.

Guardó el papel en el pecho, y subiéndose á la habitacion en que se hallaban Lopez y German, les dijo:

— ¿Cuánto dinero habeis recogido?

— Aquí está todo.

— Venga, voy á llevarlo á la baronesa.

— ¡Pero si no está completa la suma que necesita!...

— Se contentará con esto; pues no hay tiempo que perder, no podemos esperar un minuto en la casa.

— ¿Qué ocurre?

— Nada de particular; antes de un cuarto de hora estarán aquí los agentes de la autoridad para proceder al embargo y aprisionar á los dueños y criados de este palacio.

— ¿Sí? pues cogarán á quien cojan; lo que es nosotros ahora mismo tomamos las de Villadiego. ¿Y tú, Corneja, dónde piensas ir?

— Voy á reunirme con la señora.

— ¡Qué tonta! vente con nosotros.

— No puede ser.

— Pues adios, y gracias por el aviso.

— El cielo os guarde.

Los tres salieron á poco del palacio, no habiendo dado en él nada de valor, la mayor parte de los caudales de la casa habian pasado á su poder, y Flora seguía

á la condesa con ánimo de presenciar su muerte, llevando consigo una cantidad insignificante. El cofrecito con las alhajas y los papeles le echó de menos en el momento de partir, y cuando ya no pudo detenerse á buscarle sin que fracasase su plan, porque Aaulfo y los otros bandidos la esperaban.

La Corneja la vió aquella misma mañana recogiendo las alhajas, y supuso desde luego valdrian un tesoro, su codicia se avivó mas y mas á la vista de los brillantes, y estuvo pensando entre sí el medio de apoderarse de ellos.

Cuando recibió la carta del conde, su alegría no tuvo límites.

— ¡Ya son míos! murmuró; voy á llevarla la carta, la aviso el peligro que corre, y naturalmente, solo atenderé á ponerse en salvo; la digo que por el embargo de la justicia no hemos podido recoger metálico, y no tiene mas remedio que entregarme los brillantes para pagar con ellos á los bandidos; entonces yo me los guardo, y cuento á Aaulfo la verdadera situación de la gran señora, de la que ya nada podemos esperar, pues se verá reducida á escapar disfrazada, pidiendo una limosna por donde Dios la dé á entender. Si cuando yo llegue la condesita ha muerto, buen provecho, y si no la salvaré la vida, no por caridad, sino por la recompensa que puedan darme, y así la ganancia será doble.

Animada de estas ideas, se dispuso á emprender su caminata hácia la sierra de Altomira, sitio designado para cometer el crimen, y donde hacia mas de ocho dias estaban los compañeros de Aaulfo, teniéndolo todo preparado para cuando llegase la ocasión de dar el golpe.

En tanto, Lopez y German solo pensaron en salvarse con las muchas riquezas que tenían atesoradas. Su principal cuidado fué abandonar el palacio. Recogieron todo lo mas precioso que en él había, y tomando una silla de postas partieron rápidamente hácia los Pirineos con objeto de introducirse en Francia antes de que pudieran perseguirlos. De este modo quedaron libres los culpables, mientras que muchos de los infelices criados de la baronesa, fueron, aunque inocentes, reducidos á prision.

La autoridad registró todo el palacio, y como el conde manifestase que debia tener muchas comunicaciones secretas, se procedió á quitar todos los cuadros que por casualidad se salvaron de la rapiña de los tres cómplices.

Detrás de uno de gran tamaño y de escaso mérito que hallaron en el gabinete de Flora, apareció la entrada al pasadizo secreto que conducía al palacio de Florini y á la casita de la calle del Sordo.

La Corneja se encontraba recogiendo sus riquezas para colocarlas en parte segura, cuando sintió ruido de muchas personas que hablaban detrás de la puerta secreta.

— ¡Soy perdida! murmuró con espanto, abrazándose á un enorme saco de lana donde ya tenia recogidos todos sus efectos.

Las voces y los esfuerzos continuaban al otro lado del cuadro que cerraba la entrada.

— ¡Ah! por fortuna no encontrarán tan pronto el secreto, que solo conoce la baronesa, murmuró la horrible vieja, lanzándose como un rayo hácia el jardín, el cual atravesó de un par de saltos, y abriendo la puercecilla que ya conocen nuestros lectores, se dirigió hácia una callejuela estrecha, situada en la calle de Atocha.

Rendida de fatiga y angustiada por el susto que acababa de sufrir en el palacio de Florini, se detuvo á la puerta de un cuarto principal en una casita de modesta apariencia.

Abrió con trémula mano, y despues de penetrar en una pequeña salita humildemente amueblada, se dejó caer en una silla, exclamando:

— ¡Gracias á Dios que estoy en seguridad!

El repugnante y feísimo rostro de la Corneja, respiraba la mas viva satisfaccion al encontrarse en terreno propio, libre de sustos y pudiendo con entero desahogo contemplar su miserable ajuar y el arca de sus riquezas, objeto principal de todas sus ansias.

Su primer cuidado fué dirigirse á la alcoba, y abriendo un armario que estaba embutido en la pared, hizo girar un secreto, presentóse un oculto cajoncito, en cuyo fondo guardaba cuidadosamente la desvencijada y mugrienta maletilla, que ya en otra ocasión han visto nuestros lectores en el palacio de Florini. Teníala casi llena de oro y de alhajas, con las que puso el dinero que la entregaron Lopez y German; despues se despidió con apasionados besos y con tiernas caricias, de aquel caudal que gozaba en tener escondido, y volviendo á cerrar cuidadosamente, salió á recorrer las demás habitaciones del reducido cuartito, que estuvo inspeccionando una por una, temerosa quizá de que algun ladrón se hubiese introducido en su ausencia. Satisfízola sin duda el exámen, pues á poco volvió á marchar, envolviéndose en un largo manto que la cubria casi por completo.

El dia estaba frio y amenazando lluvia; sin embargo, llevada de su sordida codicia, no se detuvo un momento, y acelerando el paso segun la permitian sus endebles piernas, llegó á la calle de Lavapiés, á su antigua hostería.

Atocha, llorosa todavía, estaba á la puerta.

— ¡Hola, hija mia, la dijo la Corneja, no hay por aquí alguno de los chicos?

— Juan y el Chato están preparando los caballos para marchar á reunirse con Aaulfo.

— Sí, pues me voy con ellos.

— ¿Tambien formais parte de la caravana?

— Tengo que entregar á la señora una carta urgente, y dar un aviso amistoso á tu amante; ¿quieres algo para él?

— ¡Ay, solo quisiera su amor! pero temo mucho que las secretas empresas que tan distraído le traen, le hagan olvidarme.

— Fácil es, nunca te creas de los hombres; ¡son tan volubles! y cuando saben que se los quiere de veras, peor; se hacen los interesantes y son capaces de matar con sus desdenes á la infeliz que se deja dominar por ellos.

— ¡Cómo los conoceis, señora Corneja!... murmuró Atocha con doloroso acento.

— De algo me han de servir las canas y los desengaños. Y si aprecias mi consejo no hagas caso de Aaulfo, olvida su amor, porque la libertad te será mas provechosa que el yugo con que te sujeta, y abandona hoy mismo esta casa.

La infeliz jóven rompió á llorar amargamente; en tanto la Corneja fué á reunirse con el Chato, y poco despues, montada á las ancas de su caballo, atravesaba con celeridad la calle de Lavapiés, dirigiéndose á un trote largo hácia la carretera de Cuenca.

En tanto Atocha, recordando el tono misterioso con que la mandó dejar la tienda, y no conociendo sino á medias las intrigas en que la tenia envuelta, se dispuso á seguir el consejo, para lo cual recogió los efectos de mas valor, y muchos papeles de Aaulfo que podian comprometerla, y dejando la casa cerrada, se fué á la calle de la Cabeza, donde habitaban unas amigas de su amante.

XXIX.

LA CONVALECENCIA.

Mientras la noble y angelical marquesa de Pinares, Rafael y Honorata se hallaban amenazados por un peligro inminente, en casa de Leticia se celebraba una fiesta, á la cual asistía el conde con sus hijos, muy ajenos en verdad de la desgracia de sus buenos y leales amigos.

En un magnífico salon decorado con muebles, aunque antiguos, de mucho valor, profusamente iluminado con la espléndida luz de multitud de bugias, se encontraban Leticia con sus dos hijas, Blanca y Emelina cerca del piano; la marquesa del Rio y doña Aurora formaban un grupo junto á la chimenea, acompañadas del conde de Cinkar.

Edelmira, su hermano Arturo y don Constantino Lopez, ocupaban asientos inmediatos á Emelina.

— ¿Cómo te sientes, hija mia? dijo á esta Leticia, mirándola con tierno interés.

— Muy bien, querida mamá, y animada para escuchar la romanza que Blanca y el señor conde han tenido la bondad de dedicarme.

— Ahora mismo la cantaré, si mi querido maestro tiene á bien acompañarme, contestó Blanca.

— De vos hablan, señor conde, le dijo la marquesa del Rio, cortando la conversacion que seguian.

— ¡Hola! ¿de qué se trata? exclamó el italiano levantándose con prontitud.

— De distraer á la enferma, repuso Edelmira.

— Acaba de manifestar su deseo de oír ejecutada por vos y por su hermana la romanza que habeis compuesto expresamente para celebrar su convalecencia.

— ¡Oh! y es deseo justísimo, que vamos á satisfacer en este momento.

El conde, quitándose los guantes, se sentó al piano, agitando el teclado con un brillante preludio.

En tanto que los concurrentes á aquella fiesta de familia se embriagaban con las deliciosas notas de la música, escucharemos algunas de las conversaciones que tenian lugar entre los varios individuos de tan escogida reunion, diseminados en diferentes grupos.

Leticia fué á ocupar cerca de la chimenea el sitio que dejó el conde, y Arturo, aprovechando la oportunidad, tomó el que esta señora dejó vacante al lado de Emelina. De manera que la interesante Flor del Espino y el tímido Sebastian, se encontraron reunidos, y hubiéranse mirado frente á frente á no impedirlo el rubor que coloró súbitamente sus mejillas, al verse por primera vez despues de mucho tiempo, en disposición de hablarse sin testigos, ó por lo menos sin que les oyesen.

El jóven pintor don Constantino sentóse enfrente de Blanca, y dejándose llevar de una emocion profunda y conmovedora la contemplaba con una mirada intensa, fija, llena de amor, y que revelaba con claridad el estado de su alma.

Edelmira era la única, que en medio de todos, se hallaba sola con su pensamiento. Ocupó el otro extremo del piano y al propio tiempo que oía la melodiosa voz de la jóven cantora, y los dulces acordes que producía el teclado bajo las hábiles manos del conde, dejaba escapar un suspiro de su pecho y una lágrima ardiente de sus ojos.

Nadie, sin embargo, advirtió aquel dolor mudo, aquella agonía silenciosa y grave que enervaba el alma de la hermosa niña, aniquilando sus fuerzas y destruyendo poco á poco su combatida y débil organizacion.

— ¿Cómo os sentís, mi querida amiga? dijo Arturo á Emelina, rompiendo el silencio en que estaban.

— Muy bien, ¿y vos?

— Yo, siempre bueno, y alegre al veros por fin convaliente de una enfermedad tan penosa, durante la

cual hemos temido mas de cuatro veces por vuestra vida.

— ¿Segun eso me habeis visitado con frecuencia?

— A todas horas hemos venido, y ya mi padre ó yo apenas nos hemos separado de aqui.

— Nada recuerdo; empero os doy mil y mil gracias por haberos merecido tan afectuoso interés en esta amarga crisis de mi pobre existencia.

— Siempre os he profesado el mismo, bien lo sabeis. — Es verdad.

— O quizá no lo recordeis tampoco; ¡como siempre la recompensa de mi cariño ha sido la indiferencia!...

El tono de triste queja y la dulce mirada con que Arturo acompañó estas palabras, hicieron sonrojar á Emelina.

— No hablemos de lo pasado, contestó.

— Hablaremos entonces del presente ó del porvenir, como gusteis.

— Sí; es mucho mejor para vos, que os sonrie un destino próspero y risueño.

— ¿Me juzgais tan dichoso?

— ¡Quién lo duda! habiendo recobrado el nombre ilustre que os pertenece, al par que un padre tiernísimo y una hermana cariñosa.

— Tambien habeis hallado vos una madre, un nombre, una posicon, y os sonrie un porvenir de gloria.

— En ese caso estamos iguales, y ambos somos dichosos, dijo Emelina, dejando sin embargo, escapar un suspiro de su pecho.

De los húmedos ojos de Arturo se deslizó una lágrima.

Los dos jóvenes callaron, sin atreverse á romper el silencio. La lucha que en su corazon sostenian era terrible. El, amándola cada dia con mas delirio, y sin atreverse á ofrecerla su mano, porque ignoraba la voluntad de su padre ni el destino que le reservaba. Y ella combatiendo en su pecho el recuerdo de Rafael, y procurando odiarle con sus cinco sentidos, porque su amor propio hallábase herido por el mas cruel de los desengaños.

Conocia el amor que Arturo la profesaba, y le hubiera aceptado desde luego, siquiera fuese por orgullo, y porque su infiel amante la juzgase insensible á un golpe tan atroz que la puso á las puertas de la muerte. Su mayor afan era que la familia de Pinares ignorase su enfermedad, y su mas vivo deseo el presentarse ante Rafael con la frente alta y serena, mostrando en sus ojos el desprecio y la indiferencia. ¿Cuánto mas grato la hubiera sido presentarse del brazo de un esposo tierno, apasionado, y mas ilustre aun que el mismo Rafael?

Estas ideas batallaban en su mente, las que procuraba ocultar con artificioso cuidado, esperando que Arturo la instase mucho para concederle su cariño. Ya hemos dicho el motivo que sellaba los labios del tímido jóven, y aunque en su alma ardia un volcan, tuvo fuerzas para sufrir y callar.

La romanza habia terminado, y los entusiastas aplausos continuaban resonando, cuando Blanca aceptó el asiento que don Constantino la ofreció á su lado.

— Estareis fatigada, prima mia, la dijo el pintor.

— No por cierto; contestó con una dulce sonrisa, y animada por su natural alegría continuó diciendo: sin embargo, admito el asiento por estar junto á vos.

— ¿Nada mas que por esa circunstancia?

— ¿Y por qué otra pudiera ser? ¿os parece que no me es grata vuestra compañía?

— Creí os seria por lo menos indiferente; porque nunca, por mas que lo deseo, puedo obtener de vos una muestra de cariño.

Los ojos del pintor al decir esto, fijáronse en la jóven demostrando en su mirada toda la ternura de aquel corazon entusiasta.

— Nunca me las habeis exigido.

— Porqué la insensibilidad de vuestra alma os ha impedido ver lo que pasaba en la mia.

— ¿Y qué pasaba? contádmelo, replicó riendo.

— ¿Lo tomáis á risa?

— No á fe; y mucho menos al ver la gravedad de que habeis revestido vuestro rostro.

El carácter de Blanca, enteramente opuesto al de su hermana, no se dejaba abatir por desengaños ni contrariedades, ostentándose siempre franco, expansivo y alegre. Ni era capaz de sentir un amor profundo, de esos patéticos que duran toda la vida, ni un grave rencor; así fué, que de igual modo amó á Carlos, que le olvidó despues, mirando su ingratitud con la misma indiferencia que si nada hubiera pasado.

El amor que leyó en los ojos del pintor, fué para ella una nueva vida, un nuevo y dilatado horizonte, en el que su alma vislumbraba mil y mil ilusiones, y su fantástica mente soñó un porvenir de inmensas delicias.

Desde luego contaba con el asentimiento de su buena madre; pues habiendo conocido el interés de don Constantino, manifestó á su hija las sospechas que abrigaba, al propio tiempo que el placer que la causaria un enlace entre los dos primos.

— Hace dias que anhelo un momento oportuno para manifestaros el estado de mi corazon, y nunca lo puedo conseguir, dijo el pintor.

— ¿Y por qué?

— Muy sencillo; no estais cinco minutos seria, y mi revelacion es muy grave.

— ¿De veras?

— Como que de ella depende la felicidad de toda mi vida.

— En ese caso hablád; os escucho con profunda atencion.

— Concluyo en dos palabras; pero antes de pronunciarlas, deseo saber el estado de vuestro corazón.

— ¿De mi corazón?

— Sí, querida mía, y las ideas que abrigais acerca del amor.

— Muy altas, muy elevadas; la vida sin amor es un erial desierto; este afecto purísimo, esta emanación divina, todo lo fecundiza, lo embellece y llena los sentidos de un goce inefable. Os confieso francamente, yo he nacido para amar, y moriría si no pudiera satisfacer esta ardiente necesidad de mi alma.

— ¿Luego amais? interrogó el pintor con melancólico tono.

— Permitidme callar.

— ¿No merezco vuestra confianza?

— Es que para contestar á esa pregunta, necesito saber con qué derecho se me hace.

— Con ninguno; deseo saber si sois libre; porque os amo, porque mi destino está unido al vuestro y os ofrezco con mi corazón y mi entusiasta amor, mi fortuna, mi nombre y mi mano de esposo: ¿aceptais?

— ¿Cómo no aceptar, si sois vos la persona á quien amo!...

— ¡Ah, Blanca mía, cuán feliz me haceis! exclamó conmovido el joven.

Desde aquel instante, una dulce intimidad reinó entre ambas familias, y no se tardó mucho en dar principio á los preparativos de boda.

Emelina y Arturo no pudieron continuar hablando, porque Edelmira fué á sentarse junto á ellos y la conversación se hizo general.

A poco se sirvió un espléndido té, dulces y refrescos, que fué amenizado por la música, el canto y algunas improvisaciones poéticas.

Largas horas hubiera durado la fraternal y expansiva reunión, á no haberse cortado bruscamente por un acontecimiento imprevisto.

Serian las once de la noche, cuando se presentó en el salón Ruderico.

— ¿Qué traes? le dijo el conde al verle tan agitado.

— Una noticia funesta.

— Habla.

— Pereival, ese diablo de hombre, esposo de la mas diabólica aun, Flora del Palancar, acaba de escaparse del cuarto donde estaba encerrado...

— ¡Ha sido esa tu vigilancia!... le interrumpió el conde con ira y tomando el sombrero por un movimiento involuntario.

— ¡Escuchad! atropellando al criado que le llevó la cena, saltó como un loco por encima de su cuerpo, y viendo que no podía salir porque yo estaba en la puerta del salón inmediato, se arrojó por el balcón al jardín, con la ligereza del rayo y sin que pudiéramos impedirlo.

— ¿Qué atroz desgracia! ¿y ha muerto?

— No, señor; pero le restan pocos momentos de vida. Se le ha puesto en el lecho, le asisten los facultativos, y yo he venido á llamaros, porque todo su afán es que vayais para haceros revelaciones importantes. Llama á gritos á su hijo, á vos, á doña Leticia, y á unas jóvenes que nombra Rosa y Flor del Espino.

— Vamos á ver á ese infeliz, le tributaremos los últimos consuelos, dijo Leticia.



TEATRO FRANCÉS. — Galileo, drama en tres actos y en verso, de M. Ponsard. — Acto tercero, penúltima escena.

— Sí, sí; id todos allá, repuso el conde, yo voy á ver si por dinero ó por favor, consigo que vea antes de morir á su hijo.

— ¿Su hijo? preguntó Blanca con asombro.

— Sí, querida mía, la contestó el conde; ¿ignorábais que Pereival tiene un hijo?

— Sí, ciertamente; ¿y quién es?

— Un joven que ha vivido muchos años con una preñada de las Vistillas, llamada Colasa.

— ¡Carlos! exclamó la joven mas asombrada aun.

— Ese es su nombre; Carlos de Pereival. Su madre, la baronesa de ese título, le dejó abandonado en Cádiz. Blanca quedó profundamente pensativa. Instantes despues, estaba desierto el salón.

XXX.

ARREPENTIMIENTO.

El desgraciado Pereival habia sufrido uno de los ac-

cesos que solian acometerle, como el que le ocasionó la presencia de Leticia el dia en que, acompañado de Flora, fueron á visitar á la marquesa del Rio. Entonces su misma esposa tuvo buen cuidado de adormecerle mas y mas para que no volviese tan pronto en su acuerdo, y despues estuvo á su lado escuchando su delirio, y evitando que nadie se enterase de su secreto.

La noche á que nos referimos, se hallaba colocado en su cuarto, donde llevaba muchas horas encerrado; habia sufrido un golpe terrible, y conceptuaba perdida á su esposa, preso á su hijo y descubiertos todos sus secretos, todos los terribles episodios de su vida. El, que ya desde que su conciencia no estaba tranquila era coarde, tembló, y creyéndose deshonrado á los ojos del mundo, y expuesto á perecer en un cadalso, se dispuso á escapar aprovechando la primera ocasion que se le presentase, prefiriendo morir miserable y lejos de su patria, á ser deshecho por los mismos que en otro tiempo se habian llamado sus amigos.

Empero fué muy torpe para llevar á cabo su pensamiento, y al dejar tendido en tierra al criado, no comprendió que en el salón inmediato hallaria la impo-

nente y severa figura de Ruderico, oponiéndose á su paso.

Entonces empezó á sentir los primeros vidos de su enfermedad, y fingiéndole mil visiones su acalorada fantasía, exclamó fuera de sí y sin reflexionar lo que iba á hacer:

— ¡Oh, allí están... soy perdido... solo me espera el cadalso... mas no, no... antes morir!

En aquel delirante arrebato, se arrojó por el balcón. Cuando los criados entraron en el jardín, creyeron muerto al infeliz, y en realidad solo estaba sin sentido, aunque en un estado lastimoso. Colocaronle en el lecho, y al volver en su acuerdo, á nadie reconoció, declarando en su delirio cuantos secretos guardaba su débil imaginación.

El primer facultativo que acudió, le hizo tomar un medicamento, merced al cual recobró la razon, y al comprender su verdadero estado y la proximidad de su muerte, que no quisieron ocultarle, pidió los auxilios espirituales y llamó á gritos á las personas de quien deseaba merecer perdon.

(Se continuará.)